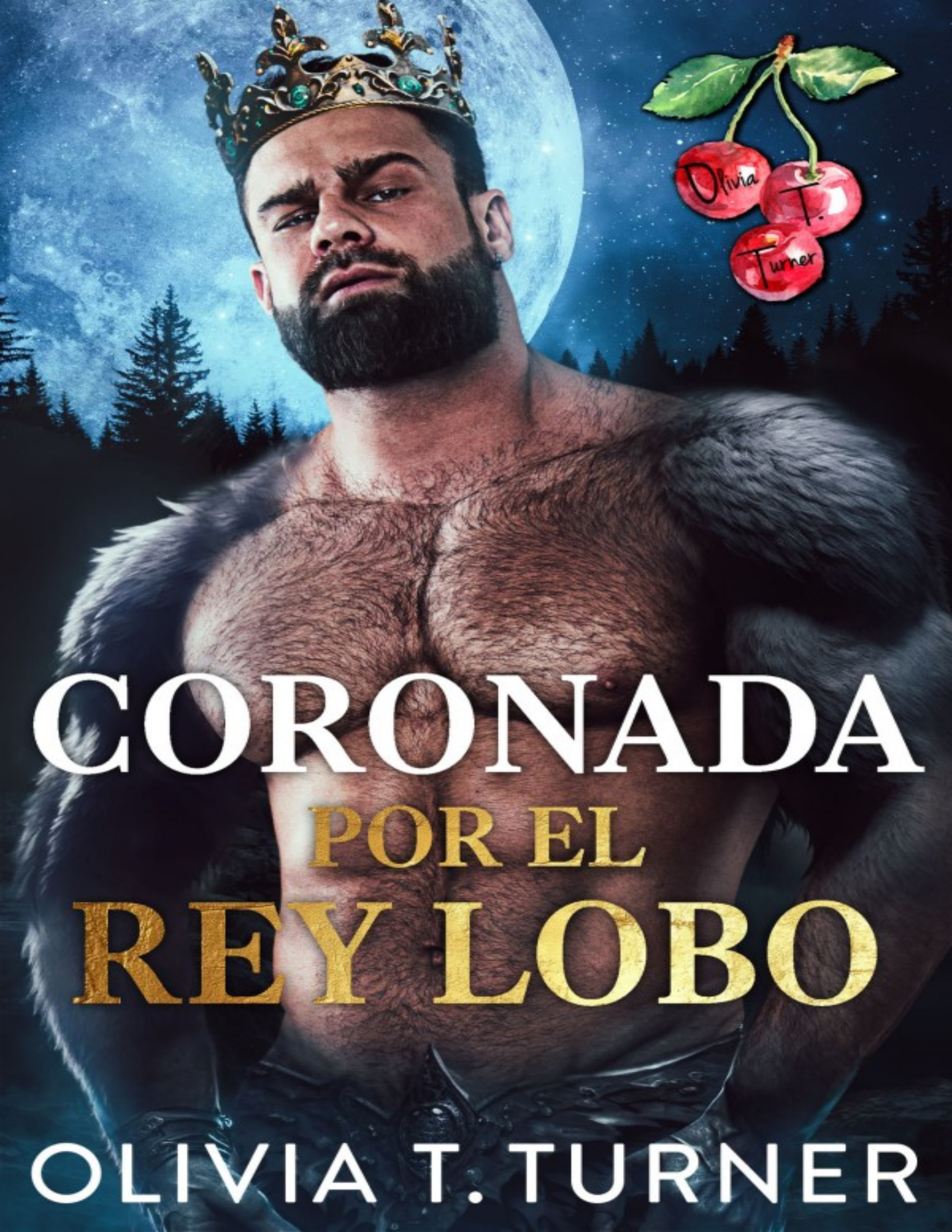

Olivia T. Turner
CORONADA
POR EL
REY LOBO
OLIVIA T. TURNER

# CORONADA POR EL REY LOBO

REYES LOBO VORACES

LIBRO 1

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

***¡Gracias por apoyar mi trabajo!***

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

# CORONADA POR EL REY LOBO

La vida en el pueblo es un poco aburrida.

Pero todo eso cambia cuando llegan los lobos.

Estos hombres lobo no han pisado el reino humano en siglos, pero aquí están, reuniendo a todas las mujeres.

El Rey Lobo busca desesperadamente a su compañera.

Es enorme.

Peligroso.

Aterradoramente hermoso.

Y de entre todas, el rey Alaric me elige a mí.

Dice que soy su única y verdadera compañera predestinada.

Que la luna, los dioses y el destino me han elegido para estar a su lado.

Con una corona sobre mi cabeza.

Este rey poderoso y dominante quiere que sea su reina.

Lo exige.

Quiere herederos. Muchos.

Suficientes príncipes y princesas para llenar su castillo.

Debería decir que no.

Debería enfrentarme a él.

Pero mi cuerpo dice que sí.

Y mi corazón ya es suyo.

Porque una vez que un Rey Lobo te elige…

No hay escapatoria.

*Glamour. Intriga. Un deseo tan ardiente como para incendiar un palacio.*

*Estos posesivos príncipes y reyes no se conformarán con cualquier mujer. Quieren a su reina. El único y verdadero amor que puede poner de rodillas a estos poderosos miembros de la realeza.*

*Nuevas historias autoconclusivas de tus autoras superventas de romance erótico favoritas: Hope Ford, Olivia T. Turner y Michele Mills.*

Una corona nunca ha sido tan pecaminosa.

*Para Mitch,*
*Cuerpo tamaño king-size.*
*Polla tamaño king-size.*
*Imbécil tamaño king-size.*
*Arrepentimiento tamaño king-size.*



# ÍNDICE

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

# CAPÍTULO UNO

*Rey Alaric*

No hay lugar más solitario que un trono durante una ceremonia de apareamiento. La corona nunca me ha pesado tanto como esta noche.

Suspiro mientras me aferro a los reposabrazos de mi trono, observando a toda la gente entusiasmada que se ha reunido para el Lunaris Vinculum, la noche sagrada de la unión.

Miro de reojo a la luna llena, maldiciéndola en silencio entre dientes. Se siente inclemente esta noche, bañando la plaza del pueblo con rayos de plata.

Todos los lobos del reino pueden sentirlo. Una luna llena es un evento vigorizante para un cambiapieles. Electriza sus huesos y hace que les hormiguee la piel. Alimenta a sus lobos internos y los hace sentir imparables.

Normalmente.

Miro hacia mi interior, buscando a mi lobo. Sigue sin haber nada.

Esto se está convirtiendo en un problema.

Todas las miradas convergen en mí en cuanto me levanto del trono en el patio y me aclaro la garganta.

Mil personas caen de rodillas e inclinan la cabeza.

Silencio absoluto.

—Compañeros de destino —clamo—, presentaos.

La emoción y el júbilo estallan en el patio mientras todos se ponen en pie de un salto, riendo, vitoreando y abriendo paso entre la multitud a las parejas que corren por el centro. Los lobos que rodean los bordes exteriores de la muchedumbre echan la cabeza hacia atrás y aúllan.

Permanezco al borde del estrado elevado, con las manos entrelazadas a la espalda y la corona de oro clavándoseme en las sienes mientras observo con un nudo en la garganta.

Las parejas se ven tan felices al acercarse, cogidas de la mano, incapaces de apartar la vista de los ojos del otro. El aire está cargado de anticipación. De calor. De *necesidad*.

Se alinean frente al estrado, mirándome con ojos brillantes y una energía inquieta.

Unas tres docenas de parejas esta noche. Algunas jóvenes —estas son las afortunadas, que pasarán toda su vida adulta con su compañero predestinado— y otras más mayores, que han esperado años, incluso décadas, para esta noche.

Pero todos parecen extasiados. La espera casi ha terminado.

En los reinos de los lobos, no hay reclamo ni sexo hasta que se impone la marca.

Es la ley más antigua que tenemos.

Es sagrada.

Estos amantes ansiosos han esperado un ciclo lunar para esto. Algunos acaban de experimentar treinta largas noches de dolorosa hambre carnal, que finalmente será saciada esta noche.

La emoción en sus ojos es palpable. Vibran de expectación.

El sexo flota en el aire como el humo. Como algo dulce y peligroso y justo fuera del alcance. Los lobos no ocultan bien el deseo. Puedo olerlo en ellos. Saborearlo.

Después de esta ceremonia, estas parejas afortunadas desaparecerán durante días.

Semanas, a veces.

Se encerrarán juntos en un maratón de apareamiento interminable.

Amigos y familiares dejarán comida y bebida ante su puerta. Es raro, pero en el pasado algunos compañeros en celo han muerto, sin llegar a salir nunca de su cubil por haber muerto de hambre, agotamiento o sed. Así de absorbente es el primer proceso de apareamiento para nosotros los lobos.

Y eso es lo que estas parejas afortunadas experimentarán esta noche.

Inspiro lentamente.

Los envidio más de lo que debería.

¿Cuántas veces he estado aquí parado?

¿Cuántas noches de Lunaris he presidido como rey, viendo a otros reclamar lo que yo quizás nunca tenga?

Demasiadas.

Puedo ordenar que cualquier cosa exista. Excepto *eso*.

—Acercaos a vuestro rey —clamo.

La primera pareja da un paso al frente y sube al estrado.

Se arrodillan ante mí, con la cabeza inclinada. Son una pareja joven. Apenas tienen la edad que yo tenía cuando murió mi padre y asumí la corona.

Pensé que mi reina llegaría de forma inminente.

Dos décadas después, y aún no está aquí.

El pensamiento me oprime el corazón.

*Concéntrate. Cumple con tu deber*.

Estos cambiapieles han esperado toda su vida por este momento. No puedo convertirlo en algo sobre mí y mi desesperación.

—Levantaos —digo con voz profunda y autoritaria.

Las manos del macho tiemblan a sus costados mientras se levanta cuan largo es. Apenas me llega a la barbilla. Sé lo grande e imponente que soy. Ayuda como rey. No debería, pero lo hace.

—Mirad a vuestro futuro compañero.

Se giran y se miran el uno al otro. El miedo se evapora. El amor y la lujuria ocupan su lugar mientras los dos se contemplan con ojos brillantes y sonrisas bobas. Se cogen de las manos. Ella inclina la cabeza hacia un lado, exponiendo su cuello mientras se lame los labios. Él deja escapar un gruñido bajo de anticipación primigenia.

La confianza en los ojos de ella es conmovedora. Sabe que él nunca la dejará. No cabe duda de que él le será fiel.

Es una certeza entre compañeros. Es un rasgo fundamental de nuestra especie.

Es nuestro estilo de vida.

Levanto la mano y el patio se aquieta.

—Ante la luna, la manada y la corona —digo—, estáis aquí para uniros.

Miro primero al macho.

—¿Reclamas a esta mujer como tu compañera —pregunto—, para protegerla con tu vida, honrarla por encima de todas las demás y permanecer a su lado mientras tu lobo respire?

—Sí, la reclamo —dice sin dudar.

Dirijo mi mirada a la hembra.

—¿Aceptas a este hombre como tu compañero —pregunto—, para caminar a su lado en la fuerza y en la lucha, para compartir vuestras vidas, vuestro vínculo y vuestro destino, y elegiros el uno al otro por el resto de vuestros días?

Su sonrisa tiembla. Sus ojos brillan.

—Sí, lo acepto.

Un murmullo recorre la manada reunida.

—Entonces descubrid vuestras gargantas —ordeno suavemente —. Y quedaos unidos.

Se funden en un abrazo. Ella le sonríe, y es un gesto tan tierno que me da un vuelco el corazón.

Un suspiro pasa entre ellos. Un latido. Dos.

Entonces ella inclina la cabeza hacia un lado y él hinca los dientes en su carne.

Ella exhala un gemido suave. El sonido es casi sexual. Estos dos serán una de las parejas que estarán en ello durante semanas. Puedo notarlo.

El macho gruñe desde lo profundo del pecho.

Finalmente la suelta y ella se lanza contra su cuello, hundiendo sus dientes en la piel de él, marcándolo a su vez.

La marca de los compañeros predestinados florece en su carne, simétrica y perfecta. El vínculo encaja como una hoja de espada

entrando en su vaina.

La multitud ruge. Los lobos aúllan.

Y yo asiento.

Están sellados. Ahora y para siempre.

Ni siquiera me miran al marcharse. No pueden. Su mundo ya se ha reducido a dos cuerpos y una necesidad.

Bien.

Así es como debe ser.

Los bendigo a la antigua usanza, presionando la palma de la mano contra mi corazón, pronunciando las palabras ancestrales que me enseñó mi padre, y su padre antes que él. Las digo sin vacilar.

*—Por la luna y la sangre, quedáis unidos.*

*Por la mordida y el vínculo, sois manada.*

*Como uno solo, os mantenéis. Como uno solo, perduráis.*

La siguiente pareja se aproxima.

Y dos lobos más quedan unidos.

En mi interior, algo se retuerce. Me duele. Una pesadez que se vuelve más difícil de soportar con cada unión de la que soy testigo.

Solo tengo cuarenta y un años, pero me siento viejo.

Cansado.

Agotado.

No tengo nada de esa emoción que veo en los ojos de estas parejas. Nada de ese entusiasmo y ansia de vida. Nada de esa promesa de un mañana mejor.

Solo siento... peso. El peso del reino oprimiendo mis hombros cada segundo que paso despierto.

Pesada es la corona.

Este trono quita más de lo que da, pero este es el precio de liderar la manada. El alfa debe soportar el peso solo. Se supone que la carga debe asentarse sobre los hombros más fuertes.

Pero últimamente, me he estado preguntando... ¿cuán fuertes son mis hombros?

Es una crisis tras otra. Una tras otra, hundiéndome, intentando enterrarme...

Sin reina. Sin herederos. Sin lobo.

Los rumores están empezando a correr. Mi vergonzoso secreto está saliendo a la luz.

Mi manada no ha visto a mi lobo en casi un año.

Nadie se ha atrevido a preguntarme a la cara qué ha pasado, pero todos lo saben.

Pueden *olerlo* en mí. La ausencia. La vacante. La falta.

No pasará mucho tiempo antes de que mi reino caiga en una rebelión abierta.

Oigo los rumores. Los susurros. Tengo oídos por todo mi reino.

Sé a dónde conducirá esto.

Dicen que me estoy ablandando. Que el reino se está resquebrajando. Que no estoy a la altura del desafío. Que la corona es demasiado para mí.

Indago en mi interior, intentando despertar a mi lobo.

Y... nada.

Incluso con una luna llena colgada en el cielo. Con compañeros recién unidos y futuros compañeros esperando a mi alrededor.

Nada.

Ni siquiera un gemido.

Suspiro mientras se me caen los hombros, con una pesadez insoportable.

Quizás tengan razón. Quizás no soy suficiente. Quizás no debería estar gobernando.

Un Rey Lobo sin lobo no es rey en absoluto.

Pero abdicar del trono sería horrible para estas personas que me han confiado su seguridad y sus vidas.

Se desataría una guerra abierta por todo el Reino de Moonborne. Cada alfa noble intentaría asaltar el trono. Manada contra manada. Toda esa violencia y muerte. La destrucción innecesaria. El dolor resonaría a través de los siglos.

Y no serían solo los lobos. Los humanos cruzarían las fronteras con sus palos de metal puntiagudos, intentando eliminarnos a todos. Los otros grandes reinos de lobos —los Dominios de Stormfur al este y los viciosos Blood Alpha al sur— olerían la sangre en el aire e intentarían arrancar territorios para expandir sus reinos.

No. No lo permitiré. Debo continuar.

Un alfa no tiene el lujo de descansar.

La manada sobrevive porque yo cargo con este peso por ellos.

Me miran a mí, y no puedo flaquear.

Si yo me debilito, todos sangran.

—Soy el alfa —me susurro a mí mismo—. Aguanto.

La última pareja se acerca y se arrodilla ante mí.

—Levantaos —ordeno.

Me duele el corazón mientras se ponen en pie.

La hembra mira a su compañero con total devoción, con los dedos aferrados a su túnica como si temiera que fuera a desvanecerse en la oscuridad. Él le sonríe, imaginando ya los próximos días enredados entre calor, sudor y deseo.

Dioses, daría mi reino por sentir esa clase de deseo. Por tener a alguien que me mirara así.

Se vinculan el uno al otro y yo pronuncio la bendición.

Y el pueblo lo celebra. Los músicos de la aldea cogen sus instrumentos mientras se enciende la hoguera, que ruge en la noche. Los tambores resuenan. Las flautas claman. Los lobos aúllan. Las risas llenan el aire.

Sacan la comida. Muchísima comida. Se abren barriles de cerveza y hombres sedientos hacen cola con sus grandes jarras vacías, empujándose y dándose codazos para ser los primeros en llenarlas.

Tras algunos bailes y celebraciones con sus seres queridos, los recién vinculados huyen hacia las sombras de la mano, con ojos solo el uno para el otro. La manada no los verá en días.

Los aldeanos los vitorean ruidosamente, mofándose y riendo mientras ellos corren para llegar a la mejor parte de la ceremonia de apareamiento.

Lo observo todo desde el estrado frío y solitario.

Nunca me uno al baile. Nunca bebo demasiado. Nunca dejo que una joven loba de mirada audaz y carente de miedo me arrincone. Los reyes no pueden permitirse ser imprudentes.

Me duele el cuerpo mientras me doy la vuelta y regreso al trono. Hay dos, uno al lado del otro. Uno para el rey y otro para la reina.

Me siento en el trono del rey y miro de reojo el trono vacío a mi lado, medio esperando verlo cubierto de telarañas.

Rurik cruza el estrado arrastrando los pies, con la espalda encorvada, con el aspecto de una reliquia viviente.

Puede que su cuerpo le esté fallando, pero su mente sigue tan aguda como siempre.

—Mi Alfa —dice mientras se detiene junto a mi trono sobre sus piernas temblorosas.

El viejo lobo es demasiado orgulloso. Le traigo una silla y le hago un gesto para que se siente.

—El consejero del Rey Lobo permanece a su lado —dice Rurik con la barbilla en alto, ignorando la silla a pesar de que su cuerpo probablemente esté suplicándola.

—Y el consejero del rey obedece al rey, ¿no es así? —pregunto.

—Sí, mi Alfa. Siempre.

—Pues siéntate —digo—. Tu rey lo ordena.

Sonríe suavemente mientras se sienta con un gemido. —Gracias, mi Alfa.

La guardia real está poniendo en fila a los cambiantes que desean hablar con el rey, y hoy hay muchos. Nada de baile ni diversión para mí.

—Esta noche sería la ocasión perfecta para revelar a vuestro lobo, mi Alfa —dice Rurik en voz baja.

Un gruñido se me escapa antes de que pueda evitarlo. —Esta noche no.

Rurik continúa con calma: —La determinación de la manada se fortalecería de inmediato si vieran al lobo de su rey entre ellos. Pondría fin a cualquier... susurro.

Miro hacia el frente, con la respiración lenta y pesada. —Esta. Noche. No.

—Está bien —dice, intentando ocultar su desaprobación, aunque lo hace de pena—. ¿Habéis reflexionado sobre mi recomendación?

—Hay *tantas*, Rurik —digo con los dientes apretados—. ¿A cuál te refieres?

—A la recomendación de índole femenina.

Me froto la frente, masajeando mis sienes, deseando estar en cualquier lugar menos aquí.

—Un rey sabio tiene múltiples herederos —dice en voz baja—. Una docena al menos. De ello depende la seguridad de un reino.

Tengo ganas de arrojarlo del estrado.

—No puedo tener herederos sin una reina —digo, agarrando los reposabrazos con tal fuerza que el viejo trono de roble podría rajarse —. Imaginaba que el consejero de un rey sabría al menos eso.

Rurik ha servido a tres reyes. A mi abuelo, a mi padre y a mí. No es cruel, pero tampoco es amable. Cree en la seguridad y la longevidad de la manada por encima de todo lo demás.

La felicidad nunca ha entrado en sus cálculos.

—Se pueden engendrar cachorros sin el vínculo de apareamiento —dice, como si fuera rematadamente fácil—. Los Dioses pueden hacer la vista gorda cuando la seguridad del reino está en juego.

—*Basta* —gruño, lo suficientemente fuerte como para que varios se giren—. Sabes lo que pienso sobre la crianza antinatural. No volveré a discutir esto. ¡Que pase el siguiente!

El primer hombre de la fila se pone pálido al mirarme.

Quiere un permiso para abrir un nuevo mercado en el sur.

Ser rey no es todo gloria y acción. Es mayormente esto. Trabajo administrativo. Fallar en disputas fronterizas, aplacar enemistades que amenazan con volverse sangrientas; cualquier cosa que va desde una queja sobre un lobo que comercia con herramientas de metal con humanos hasta una petición para encargar una carretera nueva. Lo escucho todo. Y es agotador.

Rurik vive para esto y ayuda aportando sus valiosos consejos. Puede resultar frustrante de narices, pero le agradezco tenerlo para esta parte del trabajo, al menos.

—¿Qué es esto? —susurro cuando una pareja de mediana edad se acerca con su hija. Tiene unos veintitrés años, arreglada con un vestido elegante y flores en su pelo rizado. Esto me huele mal.

—Escuchemos lo que tienen que decir —dice Rurik inocentemente.

Por su postura rígida me doy cuenta de que lo ha organizado él. Debería colgarlo de las almenas del castillo por los dedos de los pies.

—Mi Alfa —dice el hombre, haciendo una profunda reverencia junto a su esposa e hija—. Permitidme presentaros a mi hija.

Inteligente, astuta y hermosa como una flor en primavera. Ella es Vespera.

Ella me ofrece su mano.

—Una hembra encantadora —dice Rurik con voz cantarina—. ¿No estáis de acuerdo, mi Alfa?

Le lanzo una mirada fulminante.

Pero como soy un caballero, tomo la mano de la joven.

—Es un placer, Vespera —digo con una sonrisa forzada.

No hay chispa. No hay hormigueo. No hay nada.

Creo que todos lo notan porque la emoción y la esperanza se marchitan y mueren ante mis propios ojos. La situación se vuelve incómoda. Las mejillas de Vespera se sonrojan de vergüenza.

Y se retiran rápidamente del estrado.

Aprieto los dientes mientras me giro hacia Rurik, que de repente está muy interesado en una mancha de su túnica.

—*Rurik*.

—El reino necesita herederos —dice, y las palabras brotan de él como si ya no pudiera contenerlas—. Vespera es perfectamente adecuada como reina. Proviene de una familia próspera y está lista para procrear.

—No. La. Quiero.

—Entonces dejadme encontrar a alguien que sí queráis —suplica —. La seguridad del reino depende de ello. Hay rumores por todo el Reino de los Nacidos de la Luna sobre un Rey Lobo sin herederos y sin lobo. Creen que sois una presa fácil y no pasará mucho tiempo antes de que alguien os dispute la corona. Violentamente.

Aprieto los dientes. —Que lo intenten.

Pero en el fondo sé que, sin mi lobo, no duraría ni quince días antes de ser arrollado. Mi manada siempre me ha sido intensamente leal, pero incluso la manada más leal no luchará por un alfa sin lobo.

—No tener herederos significa *vulnerabilidad* —continúa Rurik—. La vulnerabilidad significa peligro. Las vidas de vuestros súbditos dependen de ello.

Apoyo la cabeza en las manos, deseando haber nacido como un pobre pastor en las tierras altas.

—Quizá vuestro lobo tenga... gustos *específicos* —sigue él, implacable, despiadado—. De otra clase. Sabéis que vuestro tatarabuelo, el rey Ryane, se apareó con una hembra humana.

Me giro hacia él, conmocionado. ¿Aparearse con una humana? ¿Cuán desesperado está para sugerir *eso*?

—Su compañera fue descubierta durante una costumbre de siglos de antigüedad.

Niego con la cabeza. —No lo digas.

—La *Vocatio Regia*.

Suelto un suspiro largo y frustrado.

El Llamado Real.

Solo escucharlo me deja un mal sabor de boca.

La Vocatio Regia no se ha utilizado en siglos.

Es una vieja costumbre bárbara, usada en la época en que los humanos y los lobos estaban en guerra perpetua. Los lobos capturaban a mujeres humanas de sus aldeas para que desfilaran ante el trono.

Es algo inaudito hoy en día.

Es repugnante.

—¿Y qué harían los humanos si los lobos cruzaran las fronteras sagradas y robaran a sus hembras? —pregunto con una risa amarga —. Habría guerra antes del invierno.

—Habrá guerra antes del otoño si no hay un heredero al trono — dice Rurik—. El reino está al borde de una rebelión abierta. Los alfas nobles ya están maniobrando para sacar provecho. Saben que una oportunidad como esta solo se presenta una vez cada tres generaciones, con suerte.

Tengo ganas de maldecirlo y echarlo de aquí, pero sé que hay algo de verdad en ello.

Los cambiantes lobo pueden ser feroces y su ambición no conoce límites.

Y hay que tener en cuenta la profecía...

La que el oráculo me dio al llegar al mundo. La única verdad sagrada del reinado del rey Alaric.

*Solo lo desvinculado vinculará al reino por completo.*

Algunos han intentado usar mi profecía en mi contra. Afirman que el verdadero gobernante debería ser un alfa desvinculado de la corona.

Sigo sin tener claro qué significa.

Pero no puedo evitar sentir que todo esto está relacionado.

Me concentro en el grueso metal de la corona clavándose en mi cuero cabelludo mientras repaso mis opciones.

Mis opciones son: Malas. Horribles. O una absoluta mierda.

Así suele ser la vida de un rey.

—¿Qué haréis, mi Alfa? —pregunta Rurik mientras la fiesta entra en su apogeo. La música suena a todo volumen, la hoguera ruge y mis cambiantes bailan y se divierten de lo lindo.

—No tomaré ninguna decisión precipitada —digo, sintiendo que estoy acabado haga lo que haga.

—¿Tal vez una visita al oráculo ayude? —sugiere.

Se me encoge el estómago al recordar lo vulnerable que uno se siente al entrar en esa cueva fría y húmeda y enfrentarse a los antiguos y escrutadores ojos del oráculo.

Pero cada vez que salgo, lo hago con claridad. Salgo con un plan.

—Sí —digo, respirando hondo—. Veré al oráculo. Mañana.

—Muy bien —asiente Rurik con aprobación.

Siento el metal frío clavándose en mis sienes. Agudo. Doloroso.

Pesa la corona.

Y me está aplastando vivo.

# CAPÍTULO DOS

*Rey Alaric*

Esto es humillante.

Un Rey Lobo no debería tener que recorrer largas distancias a pie.

Viajar a cuatro patas me llevaría menos de una hora. A estas alturas ya estaría de camino al castillo, pero mi lobo, ese insolente y despreciable, se niega a despertar.

Así que me toca caminar hasta el oráculo. Un paso pesado tras otro.

Incluso los miserables humanos podrían viajar más rápido con sus caballos esclavos.

Esto es patético.

Intento conectar de nuevo, tratando de despertar a mi bestia, pero el muy peludo de mierda está prácticamente en coma. Lo busco en mi interior como siempre lo he hecho: por instinto, por memoria, por ese tirón familiar que me ha guiado desde que era niño.

No hay nada.

Ni un rastro de poder. Ni una respuesta. Ni esa sutil consciencia merodeando bajo mi piel.

Solo estamos yo y un temor que se enrosca en mis entrañas.

Inhalo el aire fresco y observo los árboles mientras camino. Por muy frustrante que sea, hay cierta calma en viajar a esta velocidad de caracol. Puedo observar a los pájaros en las ramas y oír el croar de las ranas. Toco las hojas, recojo bellotas y me maravillo con la forma en que el sol se refleja en el agua del arroyo.

Normalmente, un lobo pasaría corriendo ante toda esta belleza, ignorándola en un borrón de velocidad. Es una perspectiva distinta de mi reino y, a pesar de mi frustración, lo estoy asimilando todo.

A este ritmo, también puedo oír mis propios pensamientos.

Pienso en lo que Rurik sugirió anoche y me pregunto si sería capaz de hacer algo así. Crianza antinatural. Solo pensarlo me revuelve el estómago.

Me pregunto qué haría mi padre en mi lugar, y si seré capaz de ser tan implacable como él. Solía pensar que era un monstruo severo que disfrutaba haciendo desgraciados a los que le rodeaban. Ahora, tras experimentar el peso de la corona, empiezo a darme cuenta de que solo hacía lo necesario para mantener intacto su reino.

Es fácil criticar al viejo, pero al menos mantuvo unido su reino. No estoy seguro de que yo vaya a ser capaz de lograr lo mismo.

El bosque termina y salgo a las afueras de una aldea donde un grupo de chicos juega al Círculo de Piedra. Sonrío al recordar que yo también jugaba a eso en mi juventud. Consiste en lanzar un guijarro hacia un círculo pequeño desde la distancia, y la piedra que queda más cerca gana.

Algunos están en su forma de lobo —criaturas pequeñas y torpes con patas demasiado grandes y un entusiasmo desbordante—, mientras que otros están en su forma de cambiapersonas, dándose empujones y codazos para ver quién lanza la siguiente piedra.

Los lobos son los primeros en notar mi presencia. Sus cabezas se giran de golpe e instantáneamente se dejan caer al suelo, postrándose.

Los chicos se quedan con la boca abierta, mirándome con absoluto asombro a medida que me acerco.

No llevo puesta la corona, pero cualquier lobo es capaz de reconocer el aroma de su rey y del único y verdadero alfa de la

manada.

Uno de ellos inclina la cabeza y los demás le siguen rápidamente.

—Ya es suficiente —digo, sonriéndoles—. Levantad la cabeza, chicos.

Se limitan a mirarme con veneración mientras me aproximo. No es común que un rey entre a pie en una aldea. Les contarán este día a sus cachorros.

—El Círculo de Piedra —comento al plantarme frente a ellos con las manos en las caderas. Todos estiran el cuello para mirarme. Les *supero* ampliamente en estatura—. ¿Quién es el campeón?

Todos miran a un crío con la cabeza rapada y una camiseta blanca sucia y rota. —Soy yo, vuestro Alfa. Perdón. *Mi* Alfa.

No puedo evitar sonreír. Son adorables.

—¿Te enfrentarás a mí? —pregunto, cogiendo una piedra lisa del montón y sopesándola en la mano—. Hace mucho que no juego, así que no seas muy duro conmigo.

—Sí, vuestro Alfa. Eh, *mi* Alfa.

—Tú primero.

Lanza la piedra y, *maldita sea*, se queda muy cerca.

Respiro hondo, concentrándome en el círculo, y lanzo la piedra. Rebota y aterriza justo detrás de la suya.

—Me has ganado —le digo sonriendo.

Su cara palidece y luego se torna de un tono verdoso. —Lo siento, vuestro Alfa. Ha sido un accidente. Por favor, no me ejecute.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunto con voz atronadora—. ¿Cuándo podría tener a un joven lobo con tanto talento en mi guardia real algún día?

Su rostro pasa por un torbellino de emociones y finalmente estalla en una sonrisa orgullosa.

Meto la mano en mi bolsa buscando algo para regalarle. Solo encuentro una navaja, pero es preciosa, tallada en piedra con una hoja afilada y una esmeralda incrustada en el mango.

Todos los chicos la miran con asombro y envidia mientras se la entrego.

Uno de los lobos se agazapa hacia delante y olfatea mi bota.

Juego un rato más, ganando algunas partidas y perdiendo otras. Les reparto regalos a todos: monedas de oro, un pañuelo real, una pluma tallada y algo de la comida que traía para el oráculo.

—Vosotros, lobos, haréis que el Reino de Moonborne se sienta orgulloso algún día —les digo ante sus rostros radiantes—. Estoy deseando estar allí para verlo.

Me siguen mientras continúo mi camino, acribillándome a preguntas y haciéndome reír con sus chistes tontos.

—¿Duerme con la corona puesta? —pregunta uno.

Otro interviene antes de que pueda responder. —¿Su cama es de oro?

Respondo a cada pregunta y ellos beben cada una de mis palabras, maravillados con mis respuestas.

Finalmente, me interno en el bosque oscuro y ellos se van quedando atrás, incapaces o demasiado asustados para seguirme más allá.

Sonrío al recordar cada una de sus caras. *Esto* es lo que debe ser protegido. *Esta* es la razón por la que debo resistir.

Un alfa se mantiene en pie para que la manada no caiga.

Si yo flaqueo, todos sangrarán.

Susurro las palabras que me han mantenido fuerte durante todo mi mandato.

—Soy alfa. Resisto.

Con cada paso que me interna más entre los árboles, el sigiloso temor regresa, asentándose en la boca de mi estómago.

Este bosque es viejo y ancestral en estas tierras. Las gruesas raíces serpentean por el suelo musgoso y la copa alta y densa bloquea el sol, sumiendo el bosque en la oscuridad.

Este es el dominio de *ella*.

Lo ha sido desde antes de que la primera piedra del Castillo de Moonborne fuera colocada en la tierra.

Cuanto más camino, más lo noto: una consciencia que me eriza el vello de la nuca, esa sensación de ser observado sin saber de qué dirección procede la mirada.

Nadie sabe de dónde vino el oráculo ni cuánto tiempo lleva aquí. Nadie sabe siquiera qué es, aunque abundan las teorías.

Algunos dicen que es una reina maldita, despojada de su corona y su manada. Condenada a la Visión Inmortal como castigo de los Dioses.

Otros piensan que es el último ser ancestral de una especie extinguida, una que vagaba por la tierra antes de que existieran los lobos y los humanos.

Otros más dicen que es la hija paria de la propia diosa de la luna, maldita a ver todos los futuros posibles sin tener uno propio.

Sea lo que sea, no ha cambiado nada desde que yo era un cachorro.

La inquietud recorre mi piel de gallina cuando diviso su cueva. Está a medias oculta tras una cortina de raíces colgantes y musgo, la superficie de la roca es clara y suave, como si hubiera sido pulida por siglos de lluvia y manos que pasan.

Me detengo a unos pasos, con el bosque en una quietud antinatural a mi alrededor, e inhalo lenta y tentativamente. Aquí no cantan los pájaros. No croan las ranas. Incluso la brisa guarda silencio.

Escalofríos recorren mi piel ante la extraña sensación que me envuelve. El aire huele distinto aquí. A magia mística. A un aroma metálico, como a cobre, que me hace cosquillas en la nariz.

—Oráculo —la llamo. No utilizo aquí mi voz de rey, profunda y autoritaria. El Oráculo no puede ser intimidado por criaturas mortales. Lo mejor es mostrar deferencia—. He venido en busca de guía.

—Rey Alaric de los Lobos de Moonborne —dice ella, y su voz resuena desde el propio bosque, viniendo de todas las direcciones a la vez—. Puede entrar.

Trago saliva con dificultad mientras doy un paso al frente, aparto las raíces y el musgo, y entro en su cueva.

La temperatura cae de inmediato; el frío húmedo atraviesa el cuero y la tela, calando hasta mis huesos. El agua gotea en algún lugar más profundo, cada sonido pausado y deliberado, como si la propia cueva estuviera contando los segundos hacia la eternidad.

Y en esta cueva modesta, con muebles de madera toscamente construidos —una sola silla, una cama con una manta de musgo y

un fuego con brasas brillantes en el rincón—, se encuentra el Oráculo, observándome con ojos brillantes y calculadores.

Es impresionante. Una belleza impecable. Una belleza *antinatural*.

Aunque estamos en una cueva fría y oscura, ella está iluminada como si el mismísimo sol se alimentara de ella. Sus ojos brillan dorados, como encendidos por la magia. Una melena pelirroja y sedosa cae en ondas sobre sus hombros. Su piel y su resplandeciente vestido blanco están libres de suciedad, vejez o penurias. Ni una sola arruga empaña su rostro. Ni una sola sombra oscurece su mirada.

Se ve exactamente igual que cuando yo era niño.

*Exactamente* igual.

Recuerdo haber venido aquí siendo un joven príncipe. Mi madre, con la mano temblorosa sobre mi hombro y el rostro grave y temeroso, se arrodillaba ante esta criatura etérea que no se inclinaba ante nadie.

Mi madre, a la que tanto he echado de menos.

Los años me han quitado mucho. Mis padres. Mi juventud. Mi esperanza.

Al Oráculo no le han quitado nada.

O puede que solo sean apariencias. Quizá los años se lo han quitado *todo*.

—He traído regalos —digo con voz trémula mientras deposito botellas de vino fino, carnes y frutas secas, velas y piezas de las mejores telas y pieles del reino.

No sé si usará algo de esto. Ni siquiera sé si come o bebe.

Ni siquiera les dedica una mirada. No aparta en ningún momento sus ojos fríos y calculadores de mí.

—Viene solo —dice con su voz suave y lírica que me produce escalofríos.

—No necesito guardias en mi propio reino.

Me mira fijamente, sin parpadear. —No me refería a eso.

Trago saliva, sintiendo la ausencia de mi lobo más que nunca.

—No está bien —sentencia ella, con esos ojos dorados capaces de ver mi alma—. Su lobo está débil y enfermo.

—¿Por qué? —pregunto, sintiendo cómo las lágrimas calientes asoman a mis ojos—. ¿Qué le ocurre?

Por primera vez, la frustración me abandona y solo me queda la preocupación. Él es parte de mí. Y le echo de menos.

Ella no responde. Se limita a observar, recopilando información de formas que nunca comprenderé.

—Su reino está en ruinas —dice ella, mientras su cabello ondea aunque no hay brisa en la cueva fría y húmeda—. Su linaje está en peligro.

Caigo de rodillas mientras las lágrimas surcan mis mejillas. —¿Cómo lo arreglo? —suplico—. ¿Cómo salvo a mi lobo y a mi pueblo?

Se acerca más, con sus pies silenciosos sobre la piedra desnuda, y me estudia como si yo fuera algo quebrado, algo cuyas grietas por fin son visibles.

—Ha sentido cómo su lobo se desvanecía desde hace tiempo —dice ella.

—Sí.

—Y no se lo ha dicho a nadie.

—No.

Bajo la cabeza mientras ella me desgarra. Mientras escudriña en mi núcleo herido.

—Y viene aquí en busca de mi consejo.

—Sí. Y de su sabiduría ancestral.

—Pero ya ha recibido mi sabiduría ancestral —dice ella—. Y la ha ignorado.

La miro con los ojos empañados. —La profecía…

Su cuerpo resplandeciente se eleva del suelo y sus ojos se vuelven blancos, cargados de luz pura. —*«Solo el desvinculado unirá el reino entero»*.

Cierro los ojos con fuerza al sentir cómo las palabras reverberan en cada célula de mi cuerpo.

—¿Pero quién es el desvinculado? —pregunto desesperado, mientras ella desciende de nuevo al suelo de piedra y sus ojos recuperan su extraño brillo dorado habitual.

—¿Por qué tiene que hablar en acertijos, Oráculo? Todo mi reino está en juego.

—Le he dado todo lo necesario para salvarlo.

—El desvinculado —insisto, hablando a toda prisa para hacer mis preguntas antes de que se canse de mí y desaparezca—. ¿Habla de mi compañera?

—Siento lástima por ti y por tu especie. Si esto es lo mejor que tenéis, no albergo muchas esperanzas para los hombres de los lobos.

—Mi compañera —digo, ignorando su pulla—. ¿Es humana? *Por favor*.

—No es de su estirpe, Rey Alaric de los Lobos de Moonborne. Encuéntrela y su reino estará completo.

En un instante, desaparece.

Oigo el *gota a gota* del agua golpeando la piedra. El olor a cobre en el aire se disipa.

Me levanto tambaleante, me seco las lágrimas de los ojos y salgo con el corazón desbocado y los pensamientos en espiral.

Una compañera humana.

La idea misma se siente como una traición. Lobos y humanos han vivido en una paz precaria durante generaciones, con las antiguas guerras enterradas pero no olvidadas.

Cruzar esa línea podría destrozarlo todo.

O podría salvarlo.

*Solo el desvinculado unirá el reino entero.*

No tengo elección.

Corro por el bosque, viajando tan rápido como me permiten estas dos piernas lentas.

Mis pensamientos corren más que mi cuerpo.

Una compañera humana.

Mi reino, mis cambiapersonas, mi lobo… todos dependen de una *humana*.

Me estremezco ante el pensamiento.

Para cuando el Castillo de Moonborne aparece ante mis ojos, ya he tomado la decisión.

Me odio por ello.

Pero no dejaré que mi reino caiga. No traicionaré a los lobos que confían en mí.

Soy alfa. Resistiré.
Invocaré la *Vocatio Regia*.
Por primera vez en siglos, se llevará a cabo.
Aunque eso me condene.

# CAPÍTULO TRES

*Morwen*

Cuando las campanas de la aldea empiezan a repicar, anunciando que queda una hora para que termine la feria de fin de semana, mi mesa de velas está casi vacía.

Una mesa vacía significa que no tendré que cargar con cajas de velas sin vender colina arriba como si fuera una pobre y miserable mula de carga.

Sonrío mientras echo un vistazo bajo la mesa a todo el dinero que he ganado.

Me aliso el delantal con las manos, intentando no parecer demasiado satisfecha.

No es digno regodearse en una feria de fin de semana.

Pero *es* satisfactorio. He levantado este negocio de la nada.

No es por presumir, pero fabrico las mejores velas en kilómetros a la redonda. Ya ni siquiera tengo que regatear ni negociar, algo que odio. Simplemente fijo mi precio y la gente lo paga. Si intentan hacerse los duros y fingen que se marchan, es muy posible que al volver se encuentren con una mesa vacía.

Y entonces, adiós a la luz y hola a las noches oscuras y a los golpes en los dedos de los pies.

La gente intentó jugar a eso conmigo al principio de mi carrera como cerera, pero ya no. Saben quién fabrica las mejores velas en esta parte del reino y entregan su dinero encantados a cambio de los productos de mayor calidad de la zona.

—¿Todo vendido? —pregunta Isolde. Está en el puesto de al lado, vendiendo pan casero con su hija Lyris. A ella no le ha ido tan bien. No tengo corazón para decírselo, pero su pan siempre está demasiado seco.

—Casi —respondo, recogiendo lo poco que me queda. Tengo que ir a ver al apicultor para comprar cera de abeja y a unos cuantos carniceros que siempre me guardan la grasa animal.

La cera de abeja es para las velas de primera calidad. Solo las compran la nobleza, unos pocos mercaderes ricos y la iglesia. El resto de los aldeanos compran las de grasa animal. No arden de forma tan limpia, pero aun así me esfuerzo al máximo para ofrecerles un buen producto.

—Me sobran unas cuantas —digo, entregándole tres velas largas, dos de grasa animal y una de cera de abeja—. Por haber sido tan buenas vecinas hoy.

—Dios te bendiga, Morwen —dice Isolde, tendiéndome una hogaza de pan. Si está muy seco, puedo dárselo a mis gallinas al llegar a casa.

—Gracias —digo, sonriendo mientras aprieto el pan contra el pecho.

—Tengo algo más que puede gustarte —añade Isolde con una sonrisa pícara.

Miro sus pasteles quemados y reprimo una mueca. *No lo creo...*

—Un marido.

—¡¿Un *qué*?! —exclamo, atragantándome por la sorpresa.

—*¡Mamá!* —dice Lyris, poniendo los ojos en blanco—. ¿Quieres parar?

Isolde la ignora.

—Mi sobrino Fen. Creo que haríais muy buenas migas.

—Mamá, Fen es un bicho raro. A Morwen no le va a gustar.

Le sonrío a Lyris, agradecida de que me defienda. Debe de tener unos dieciséis años. Es mucho más joven que yo, que tengo

veintiocho, pero las solteras debemos mantenernos unidas. Parece que todo el mundo conspira siempre para casarnos. Lo queramos o no.

—Soy feliz tal cual estoy —le digo a Isolde con una sonrisa—. Pero si cambio de opinión, te lo haré saber.

—Genial —dice Isolde—. Estoy segura de que Fen seguirá soltero.

—Claro que lo estará —dice Lyris, poniendo los ojos en blanco—. Si se acuesta con cabras.

—*¡Lyris!* —la reprende Isolde, dándole un manotazo en el brazo —. Eso es un secreto familiar.

*Vaaaaale...*

Recojo el resto de mis bártulos en una cesta y me dirijo al apicultor para comprar la cera de calidad que me ha reservado.

Después de eso, voy a ver al primer carnicero, el que siempre recoge pronto. Supongo que no voy prestando atención, y Matthias, uno de los chicos del pueblo, tampoco; de pronto choca contra mí mientras corre a toda prisa, embistiéndome en la cadera como un toro desbocado.

—¡Por los dioses, Matthias! —grito mientras tropiezo hacia atrás, dejando caer las velas que me quedaban al suelo—. Mira por dónde vas, muchacho.

Maldita sea. Se me han roto dos velas.

El chico tiene los ojos como platos y las mejillas encendidas mientras me ve recoger mi mercancía estropeada.

—Lo siento, señorita Morwen —dice, apresurándose a ayudarme —. Es que tengo que llegar a por los pasteles dulces antes de que cierren.

La mayoría de los adultos de por aquí le darían una paliza a un niño por tal negligencia y le obligarían a entregar su dinero para pagar las velas rotas, pero yo no soy así. Quizás soy demasiado blanda con estos críos. Es lo que pasa cuando haces de canguro de media aldea. Acabas sintiéndolos como si fueran tuyos.

—Bueno, será mejor que te des prisa —le digo, entregándole las velas rotas—. Antes de que se acaben. Y dáselas a tu madre.

Él me rodea las piernas con los brazos y me da un fuerte abrazo.

—Gracias, señorita Morwen —dice antes de salir corriendo.

Un pedacito de mi corazón se va con él mientras observo sus pequeñas piernas moviéndose lo más rápido que pueden. No puedo evitar reír. No ha aprendido la lección en absoluto.

Esa vocecita aparece en mi cabeza, entrometiéndose de nuevo en mi vida tranquila y apacible.

*¿Cuándo vas a tener tu propio pequeño Matthias?*

Me limito a tararear una melodía e ignorarla mientras camino, tratando de convencerme de que tengo todo lo que necesito.

Entro en la carnicería y Aldren frunce el ceño al verme cargando con un bote de cera de abeja, otro de grasa animal y mi cesta de velas. Tras una larga jornada de trabajo, con su delantal manchado de sangre, parece un asesino en serie.

—Necesitas un marido que cargue con todos esos botes —dice, frotándose su espesa barba gris.

—Prefiero una mula.

Él se ríe.

—Como la mayoría de las esposas.

Me entrega la grasa animal y yo le doy el dinero.

—Tengo un buen contacto de mulas para cuando estés lista.

Miro a todos los animales muertos que cuelgan en la tienda y hago una mueca.

—¿Estará viva?

Vuelve a reír, un sonido estruendoso que me hace sonreír.

—Viva te costará más. Y no será tan sabrosa.

—Gracias, Aldren —digo mientras salgo con las provisiones.

Me reúno con mi grupo de viaje a las afueras del pueblo. Uno de los granjeros siempre me deja poner mis botes y suministros en su carro a cambio de que cuide a sus hijos. Su hija de cuatro años es tan mona que siento que salgo ganando con el trato.

Isolde y Lyris nos alcanzan justo cuando estamos a punto de partir. Isolde se sienta en el carro y yo camino con Lyris, charlando sobre los libros que estamos leyendo. No hay mucha selección en la aldea donde vivimos y nos hemos leído los mejores libros al menos diez veces cada uno.

Siento la pesada bolsa de monedas oculta en mi abrigo golpeándome el muslo al caminar. Disfruto de esa sensación. Sabe a éxito. Me enorgullece ser autosuficiente. Mis padres murieron cuando yo todavía era joven y tuve que esforzarme, arañar y luchar para sobrevivir. Estoy orgullosa de haber llegado a donde estoy.

No tengo mucho, pero es todo lo que necesito. Una casita en una pequeña parcela de tierra. Un negocio que me mantiene caliente y alimentada. Un buen libro y una chimenea. ¿Qué más podría pedir?

*Una familia... Un hijo...*

Pongo los ojos en blanco, alejando esa irritante voz interior.

Subimos las colinas en grupo —unos cuarenta de nosotros— de regreso a la aldea. Es más seguro viajar acompañados. Sobre todo por los bandidos, aunque cada vez aparecen menos. También hay animales salvajes de los que cuidarse.

Aunque últimamente el reino es más seguro que nunca. El buen tiempo y la cosecha abundante han hecho que todo el mundo esté bien alimentado.

Por eso es un impacto tan grande cuando los hombres que encabezan la marcha nos gritan que nos agachemos.

Lyris se pone blanca mientras se queda paralizada de miedo.

—Ven conmigo —le digo, agarrándola del brazo y tirando de ella hacia el carro.

Isolde se pone de pie, intentando ver cuál es el problema.

—¿Qué está pasando ahí delante? —brama.

—¡Lobos! —responde un hombre a gritos.

La palabra corta el aire y todo se detiene.

Durante un latido, nadie se mueve. Nadie respira.

Siento que se me encoge el estómago.

¿Lobos?

¿En esta zona? ¿A plena luz del día?

—¡Cambiantes!

Isolde ahoga un grito y agarra a su hija, apretándola contra ella.

Los murmullos de preocupación se extienden entre las mujeres mientras recogen a sus hijos y se esconden en los carros. Los hombres agarran cualquier cosa que puedan usar como arma —

cuchillos, palas, martillos— y se apresuran al frente. Solo unos pocos tienen espadas, y parecen viejas y oxidadas.

Cambiantes de lobo... ¿aquí?

Hace décadas que no se ven en el reino humano. Quizás siglos. Hay gente que incluso cree que no existen.

Desde que las antiguas guerras empujaron a las bestias salvajes a nuestras tierras, luchando contra nosotros por cada centímetro, ningún lobo ha puesto una pata en el reino humano.

Podría acurrucarme con las demás mujeres, pero esa no soy yo. Prefiero morir como siempre he vivido. Luchando.

Saco la daga que llevo enfundada en la pierna y me dirijo al frente con los hombres.

E inmediatamente desearía no haberlo hecho.

Cuatro de los machos más grandes que he visto en mi vida se aproximan a pie, portando estandartes reales que no reconozco. Tras ellos, ocho lobos monstruosos merodean con la cabeza baja y los dientes letales al descubierto. Son *enormes*. Más grandes que las bestias de los cuentos de hadas más aterradores que se cuentan a los niños antes de dormir.

Cada uno es más alto que el más alto de los hombres. Una pata gigante podría aplastar la caja torácica de un hombre. Sus mandíbulas aterradoras podrían arrancar una cabeza de un solo bocado.

No hay nada que mi hoja pueda hacer contra una bestia semejante. Sería como clavarle una astilla a un guerrero humano. No sería más que una molestia. Un inconveniente menor antes de la inevitable carnicería.

Los lobos se mueven con una velocidad increíble, cruzando la llanura como una exhalación.

Nuestros caballos relinchan de pánico, resoplando y pateando mientras tiran de las riendas, desesperados por escapar del peligro que se avecina.

—Esta es tierra de humanos —grita Othric, un granjero veterano, mientras nos rodean. Las mujeres gritan. Los niños lloran. Los hombres tiemblan en sus botas mientras sostienen armas que serán

inútiles contra estas poderosas criaturas—. ¡Tierra del Rey! ¿Qué se os ha perdido aquí?

—Vocatio Regia —dice el líder de los lobos.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Othric a gritos.

—El Llamado Real —responde el cambiante—. El rey Alaric ha declarado la Vocatio Regia, una ley antigua entre lobos y hombres. Ha venido a por vuestras mujeres.

Su voz es profunda. Carente de emoción.

Como si esto no fuera nada.

Como si *nosotros* no fuéramos nada.

—Nos llevaremos a vuestras mujeres humanas solteras para ser presentadas ante el rey y, si alguna tiene la fortuna, será elegida como la única y verdadera compañera del rey.

—Eso suena a milonga de la compañera verdadera —dice Othric, desenvainando su espada—. Nunca he oído hablar de tal ley. Me suena a artimaña de lobos.

—Mujeres solteras, dad un paso al frente —ordena el cambiante, ignorando a Othric.

—Ni hablar —grita Othric, dando un paso adelante con la espada en alto.

El jefe de los cambiantes chasquea los dedos y un lobo enorme se abalanza sobre Othric. Grito al ver cómo su espada cae al suelo y él sale despedido, aterrizando de espaldas con un lobo gigante y gruñón encima.

—No seáis insensatos —dice el cambiante, pareciendo más molesto que otra cosa—. No estamos aquí para reiniciar la guerra centenaria entre nuestras especies. Simplemente queremos presentar a vuestras hembras humanas ante el rey y, si él las considera indignas, serán devueltas sanas y salvas.

—¿Y si decide quedárselas? —pregunta Othric; el curtido granjero sigue sin rendirse, a pesar de estar desarmado e indefenso.

—Entonces vivirán rodeadas de lujos como reina de los lobos —dice el hombre en tono monocorde—. No tenemos todo el día. Mujeres, formad una fila.

Los caballos se vuelven frenéticos a medida que los lobos se acercan. Los cambiantes en sus formas humanas se dirigen a los

carros y empiezan a sacar a las mujeres.

Isolde grita mientras se aferra a Lyris, suplicando al cambiante que la perdone.

—Por favor —dice Isolde con la voz quebrada—. Solo es una niña.

Pero no perdonan a nadie.

Sacan a Lyris del carro; sus gritos desgarran el aire.

—¡Madre! —solloza, intentando alcanzar a Isolde.

Isolde se lanza, histérica, arañando la espalda del cambiante mientras Lyris estira los brazos desesperada hacia ella.

Otro cambiante agarra a Isolde por los brazos y tira de ella hacia atrás, sujetándola con fuerza mientras ella se retuerce, patea y gime.

El cambiante empuja a Lyris hacia adelante y ella cae al suelo con brusquedad.

Aprieto los dientes mientras observo la desgarradora escena; la indignación me quema por dentro.

—Ya es *suficiente* —grito, dando un paso al frente con la barbilla en alto—. ¿Acaso el rey os ha dado autoridad para cometer violencia contra su futura compañera?

Todos se giran hacia mí. Todos guardan silencio.

—¿Y qué hay de la familia de su futura compañera? —rujo—. Dudo que al Rey Lobo le complazca saber que su futura compañera ha sido empujada al suelo por unos rufianes. Soltadla *ahora mismo*.

El cambiante suelta a Isolde y retrocede.

—Y tú —grito, señalando al lobo gigante que tiene a Othric inmovilizado—. Suéltalo.

Para mi absoluta sorpresa, el lobo se aparta.

—El rey Alaric tendrá a sus mujeres de una forma o de otra —dice el líder, clavándome la mirada.

Yo le sostengo la mirada con la misma intensidad.

—Entonces seremos tratadas como damas —digo, enfrentándome a sus ojos crueles—. Damas *reales*. Eso es lo que podríamos ser, así que así es como se nos tratará. O, créeme, el Rey Lobo se enterará de lo mal que habéis tratado a su futura compañera y a su familia.

El cambiante aprieta los puños a los costados mientras me mira fijamente. Tiene los dientes apretados. Parece furioso.

Yo me limito a devolverle la mirada, disparándole toda mi furia y mi fuego.

—Está bien —dice finalmente, con la voz destilando desprecio—. Torsten, trae el carro.

Un lobo negro gigante se separa del grupo y echa a correr por la llanura.

Minutos después, el lobo regresa con un arnés gigante sujeto a su cuerpo, tirando de un gran carromato.

Isolde sigue sollozando. Lyris también.

Busco los ojos de Isolde y le hago saber con una mirada férrea y un firme asentimiento que cuidaré de Lyris. Cuidaré de todas estas chicas.

Somos trece en total.

Trece que seremos presentadas ante el temido Rey Lobo.

Y solo una que le dirá cuatro frescas con toda su mala leche.

Yo.

# CAPÍTULO CUATRO

*Morwen*

Nunca antes he estado en un castillo.

Y, vaya, es un espectáculo digno de ver. El pueblo circundante, los guardias, los lobos caminando libremente… Estoy tan asombrada mientras contemplo una estampa increíble tras otra desde el carromato que se me olvida tener miedo.

Pasamos sobre el puente de piedra, bajo un arco que tiene tallada una enorme cabeza de lobo gruñendo, y continuamos hacia el gigantesco castillo.

Es descomunal. Varias torres de piedra de gran altura se alzan sobre fuentes preciosas y estatuas de antiguos Reyes Lobo por donde quiera que mires.

Me pregunto si los castillos de los hombres serán tan grandiosos. Tan imponentes. Tan espectaculares.

El patio del castillo me recuerda a la vida en nuestra aldea, con los niños corriendo y jugando. Parecen felices y normales, aunque algunos están en su forma de lobo, lo cual es una visión extraña.

Los machos son más grandes que nuestros hombres humanos y las mujeres parecen tan rudas como nuestros mejores guerreros. Siento lástima por los humanos de hace un siglo que tuvieron que ir a la batalla contra estas bestias armados solo con una armadura

ligera y una espada de hierro. Debieron de morir por cientos de miles. Millones, incluso.

Diviso a una joven cambiapieles con su cachorro, sonriendo y riendo mientras el bebé le mordisquea el dedo. Es un momento tan agradable y tierno que me hace cuestionar todo lo que he oído sobre los lobos.

Desde que éramos pequeños, los humanos hemos oído todo tipo de advertencias y cuentos chinos sobre los feroces cambiapieles… Cómo devoran a sus propios bebés y luchan constantemente entre ellos. Cómo no tienen más que odio y violencia en sus crueles corazones.

Pero mientras los observo interactuar, veo risas, amor, picardía y gente normal que quiere salir adelante, igual que nosotros los humanos.

Quizás tenemos más en común de lo que los reyes de este mundo quieren que creamos.

Llegamos ante el castillo de piedra y nos dirigimos hacia una de las torres gigantescas. Nos hacen bajar del carromato y nos conducen a una sala inmensa, una sala tan grande como un campo de cultivo. Miro a mi alrededor con asombro. Me cuesta creer que una habitación pueda ser así de grande. Cabrían cinco mil de mis pequeñas cabañas aquí dentro.

Hay cientos de mujeres humanas esperando en el interior; algunas lloran, otras parecen aterrorizadas, unas pocas se amontonan buscando seguridad y calor. Todas ellas anhelando su hogar.

—Hay comida caliente en esa sala de allí —nos dice el líder cambiapieles de nuestro grupo. Hemos recogido a varias mujeres más durante el viaje de vuelta y, hay que reconocerlo, nos ha tratado a cada una como a grandes damas. Aunque no sé cuánto reconocimiento merece un secuestrador—. Hay retretes y agua disponibles por allá. Sugiero que comáis algo y os pongáis presentables. La Vocatio Regia comenzará después de la cena del rey.

Nos dedica un asentimiento y se marcha; sus hombres lo siguen de cerca.

—Ven —digo, cogiendo la mano de Lyris—. Vamos a buscar algo de comida. Podremos afrontar mejor el evento de esta noche con la barriga llena.

Ella no quiere ir, pero la obligo.

Lo sé por experiencia: todo es siempre peor cuando estás pasando hambre.

Casi todas las mujeres intentan afearse. Se alborotan el pelo, se cubren el cuerpo y una chica incluso se unta grasa animal por toda la cara.

Nadie quiere ser elegida por el bárbaro Rey Lobo.

—He oído que tiene cuerpo de hombre con cabeza de lobo —susurra Lyris, con voz trémula mientras esperamos en fila para entrar en el salón del trono real.

La chica que está delante de nosotras se da la vuelta, con cara de que podría vomitar de miedo. —He oído que les arranca la cabeza a sus esposas a mordiscos después de ultrajarlas. Por eso necesita tantas.

—Hay más de mil mujeres aquí —digo, mirando a mi alrededor. Debe de haberlas—. Las posibilidades de ser elegida son muy bajas.

Especialmente para mí. Ningún rey en su sano juicio elegiría a una mujer de veintiocho años que ya ha pasado su mejor momento, cuando hay chicas jóvenes y fértiles en esta misma sala que pueden parir a más de sus herederos.

—Pero la posibilidad sigue ahí —dice Lyris, mirándome con sus grandes ojos marrones llenos de miedo.

Tiene razón, así que no intento discutir. Simplemente tomo su mano y la aprieto.

Los guardias cambiapieles caminan de un lado a otro de la fila de chicas aterrorizadas, con los ojos alerta en busca de armas o cualquier cosa sospechosa.

—Dará comienzo la Vocatio Regia —grita un guardia cerca de la puerta.

Gritos de miedo y oleadas de terror recorren la vasta sala. Miro a una chica que solloza y deseo que estos malditos lobos simplemente nos dejen en paz.

Lyris contiene el aliento cuando la fila empieza a avanzar. Unas pocas chicas intentan huir frenéticamente, pero los guardias las agarran y las obligan a volver a la fila.

Empiezo a preguntarme qué pasaría si todas cargáramos contra ellos a la vez, mil chicas contra dos docenas de guardias, pero rápidamente desecho ese pensamiento al recordar el tamaño de sus lobos. Diez mil chicas desarmadas no durarían ni un minuto contra cinco de esas bestias gigantescas.

Lyris y yo estamos cerca del principio, así que no tardamos mucho en ser obligadas a entrar en el salón del trono.

Me quedo sin aliento al mirar hacia el alto techo de piedra, más alto que incluso el dosel más elevado del bosque. Unas hermosas vidrieras, cada una representando un momento de la historia del Reino de los Nacidos de la Luna, bañan la sala con una luz colorida.

En la vidriera más grande destaca la imagen de un antiguo Rey Lobo y, ¡oh, dioses!, tiene cuerpo de hombre y cabeza de lobo. Mantengo la atención de Lyris apartada de ella.

—Sé respetuosa con él —le susurro—. Ponte frente a él, inclina la cabeza, pero no tienes por qué sonreír. No tenemos que fingir que esto nos gusta.

—¿Qué les pasará a las chicas que no elija? —pregunta Lyris. La chica que está delante de nosotras se gira para escuchar mi respuesta.

—Esta pesadilla se habrá terminado —digo con un firme asentimiento.

No hacen más preguntas, lo cual agradezco. No estoy segura de si los lobos nos devolverán a nuestras aldeas o nos cenarán, pero de cualquier manera, esta pesadilla habrá terminado.

La habitación se siente diferente en el momento en que mis ojos se posan sobre él.

De pie frente al trono, no sentado en él, está el Rey Lobo.

No es lo que esperaba.

Me advierto a mí misma que no debo quedarme mirando, y luego lo hago de todos modos. No puedo apartar los ojos de él.

Es increíblemente alto. Excepcionalmente grande.

Las chicas humanas apenas le llegan al pecho. Incluso los guardias que están a su lado solo le llegan a los hombros.

Talla de rey, desde luego.

No es solo su tamaño lo que impone. Es su ser. Su aire. Su resplandor real. El poder y la autoridad emanan de él, llenando la sala y atrapando a todos en su presencia.

Ese poder no proviene de la corona, del castillo ni de esta antigua ceremonia bárbara. Proviene de *él*. De la tremenda amplitud de sus anchos hombros, de la dominancia de su postura y de la autoridad absoluta con la que comanda la sala con solo un leve alzamiento de su barbilla o un sutil parpadeo de sus ojos.

Su cuerpo está hecho para el dominio, para gobernar sobre las bestias más salvajes.

Mi cuerpo experimenta un hormigueo al preguntarme cómo sería con su compañera. ¿Serían esas manos fuertes y dominantes rudas y exigentes, o serían suaves y tiernas? No estoy segura de cuál preferiría.

Debería tener miedo ahora que está a la vista, pero no es ese el sentimiento que se instala en mi pecho. Un escalofrío de peligro me recorre. Una excitación erótica que nunca antes había sentido se hace presente entre mis piernas.

Mi corazón late con fuerza y avidez mientras lo observo. Cada movimiento que hace es deliberado, sereno y contenido. Este no es un hombre que vaya a perder los estribos. Es todo control. Tampoco es un hombre que necesite exigir obediencia. Se le entrega de buen grado en el momento en que entra en una habitación. Es un rey de verdad.

—Es él —dice Lyris, agarrándome del brazo mientras tiembla—. Es un gigante.

Trago saliva, con mis ojos fijos en él mientras asiento.

Las otras chicas también lo ven, y el miedo recorre la fila en el momento en que perciben todo su tamaño y poder. Oigo inspiraciones bruscas, el sonido amortiguado de sollozos, el arrastrar de botas mientras los cuerpos retroceden instintivamente incluso cuando son empujados hacia adelante. Los hombros se encogen. Las cabezas se inclinan más. Las manos tiemblan.

Yo debería sentir lo mismo.

En cambio, me descubro mirando fijamente.

Anhelando.

*Entusiasmada*.

Mis ojos recorren su pecho macizo y sus anchos hombros para centrarse en su rostro. Su largo cabello oscuro está recogido, revelando unos hipnóticos ojos grises de los que parece que no puedo apartar la mirada. En los laterales de esos ojos inquietantemente sexys hay grabadas líneas esculpidas a lo largo de los años de cargar con el peso de la responsabilidad.

Para mi irritación, lo encuentro atractivo. ¿Quién no lo encontraría así con esos rasgos fuertes y severos y esa barba oscura y corta?

—Morwen —dice Lyris, apretándome el brazo—. Tengo miedo.

—Todo saldrá bien —le susurro mientras la fila empieza a moverse—. Estoy aquí contigo.

Pero mi atención no lo está. Hay algo inquietante en la forma en que mi atención sigue volviendo a él, algo aún más inquietante en la forma en que mi cuerpo reacciona a pesar de la insistencia de mi mente en que esto está mal y no es deseado. Una pesadez caliente se asienta entre mis piernas, inoportuna y confusa, y cambio el peso de mi cuerpo, intentando librarme de ella.

No funciona.

Una por una, las mujeres son llevadas ante él.

Cada chica es guiada hacia el estrado, con instrucciones de inclinar la cabeza y quedarse quieta. El rey las estudia brevemente, su expresión es ilegible, su mirada aguda pero no cruel.

Entonces se inclina.

No las toca. No habla.

Simplemente inhala cerca de sus cuellos, de forma lenta y deliberada, como si solo el aroma le dijera todo lo que necesita saber.

Todas las chicas se tensan cuando lo hace.

Cada vez, se me oprime el pecho.

Después de un momento —a veces más breve que un latido—, se endereza y sacude sutilmente la cabeza en un pequeño gesto

final.

Descartada.

Los guardias se las llevan; algunas mujeres se hunden de alivio, otras rompen a llorar, unas pocas lanzan una última mirada desesperada por encima del hombro como si el rey pudiera cambiar de opinión.

Parece que no soy la única mujer de sangre caliente que ha cambiado de parecer tras ver al apuesto rey.

Pero el Rey Lobo no cambia de opinión.

No las mira marcharse.

Espera.

La fila avanza, lenta e implacable, y me vuelvo sumamente consciente del calor de la mano de Lyris apretando la mía, de la forma en que le tiemblan los dedos por mucho que yo le devuelva el apretón.

Otra chica da un paso al frente. Otra inhalación silenciosa. Otro descarte.

El ritmo es enloquecedor en su previsibilidad.

Y sin embargo, con cada paso que me acerca, la extraña conciencia dentro de mí no hace más que fortalecerse. Noto la sutil tensión en la postura del rey, la forma en que sus hombros permanecen casi dolorosamente rectos, el leve cansancio grabado en sus ojos, las respiraciones cortas y pesadas…

Me doy cuenta de que no está disfrutando con esto.

Esto no es el rostro de un monstruo deleitándose en la crueldad.

Este es el rostro de un hombre que ha llegado al límite de su paciencia.

Parece que necesita una copa, un cigarro y un masaje. ¿Cuándo fue la última vez que se dejó llevar?

Una imagen mía entregándole una copa, encendiéndole el cigarro y pasando mis manos sobre esos hombros grandes y poderosos parpadea en mi cabeza y el calor palpitante entre mis piernas se intensifica.

Sus fosas nasales se dilatan y sus ojos grises se iluminan.

Me escondo detrás de la chica que tengo delante cuando sus ojos se dirigen de repente en mi dirección, buscando en la fila de

mujeres, buscándome a mí.

Se me debilitan los músculos mientras agacho la cabeza, ocultándome.

Él no estaba… Esa reacción no era por mí… No podía ser…

Pero cuando levanto la cabeza y echo un vistazo, sus ojos feroces y dominantes están clavados en los míos. Y no aparta la mirada.

Llevan a una nueva chica ante él, pero él no la mira. No se mueve.

Simplemente mira fijamente.

A mí.

—No —ordena—. Ella no. *Ella*.

Levanta su mano grande y me señala.

Todas las cabezas presentes se giran: mujeres, guardias, sirvientes, *todos*. Pero yo solo puedo sentir sus ojos. Me están quemando el cuerpo.

Los guardias vienen a por mí, pero doy un paso al frente por mi cuenta, con la cabeza alta, sosteniéndole la mirada al Rey Lobo mientras subo los peldaños del estrado.

Es aún más grande de cerca. Más guapo también.

Tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a esos impresionantes ojos grises.

Sorprendentemente, no siento ningún miedo.

De hecho, es él quien tiembla. Esos hombros montañosos se estremecen mientras me mira con asombro. Sus grandes manos tiemblan mientras inhala profundamente.

Por un momento, no ocurre nada.

Entonces, se acerca.

Mi cuerpo se tensa, zumbando con una energía lujuriosa que parece irradiar desde mi centro y palpitar entre mis piernas mientras él se pone bien cerca.

Me está olfateando, pero yo lo estoy oliendo a él también. Huele a pino y a humo, con algo más que no acabo de identificar. Un aroma masculino, oscuro y seductor que hace que se me corte la respiración a pesar de mis esfuerzos.

La piel se me pone de gallina cuando baja su nariz a un par de centímetros de mi cuello e inhala.

Lento. Deliberado. *Profundo*.

Un gruñido de aprobación retumba desde su pecho macizo y juro que lo siento vibrar en mis huesos.

Sus ojos parecen estar encendidos con un fuego gris cuando se endereza, con las fosas nasales dilatadas y las manos cerradas en puños.

Su mirada está fija en mí como si nunca fuera a apartarla.

El guardia estira la mano para agarrarme del brazo, para que esta bárbara Vocatio Regia siga avanzando, pero el rey Alaric lo detiene.

—Alto —ordena, empujando al guardia hacia atrás con la palma de la mano. Un empujón rápido y el guardia acaba de culo en el suelo.

—¿Mi Alfa? —dice el tembloroso guardia, mirándolo con miedo.

—*¡FUERA!* —ruge el Rey Lobo, su voz profunda resonando por toda la sala de piedra, resonando a través de mí—. Fuera todo el mundo.

Todos huyen, incluidos los guardias.

Pero yo estoy paralizada en el sitio, con los ojos fijos en este imponente cambiapieles.

—Tú no —dice con voz baja y ronca—. Ahora eres mía.

# CAPÍTULO CINCO

*Rey Alaric*

Los cuerpos salen apresuradamente del vasto salón del trono como olas que se retiran de la orilla.

Las grandes puertas se abren de par en par, y oigo a la guardia real ladrando órdenes, escoltando a las mujeres fuera con una eficiencia apresurada, aunque sus voces suenan extrañamente apagadas, como si tuviera la cabeza sumergida bajo el agua.

Todo en el fondo se desvanece en una nada muda.

Porque toda mi atención está fijada en ella.

Se queda allí, devolviéndome la mirada, atrapando mi alma con sus preciosos ojos castaños, que tienen el poder suficiente para hacer que un Rey Lobo caiga de rodillas.

No hay duda.

Ni incertidumbre.

No queda ninguna pregunta por hacer.

Esta mujer es mi compañera.

Sin necesidad de fingir. Sin juegos políticos ni conexiones forzadas.

Es ella.

*Mía*.

La revelación cae con fuerza y de forma absoluta, como un martillo golpeando un yunque. Como una llave que gira con un clic en una cerradura. Mi mundo se inclina bruscamente sobre su eje, y sé que nada volverá a ser igual.

He estado ante miles de mis súbditas. He conocido a mujeres de todas las edades, tamaños, clases y rangos de belleza.

Todas palidecen en comparación con esta hembra humana.

Nunca he sentido este tipo de necesidad primaria. Su intensidad hace que me tiemblen las manos.

Es impresionante.

Tiene el pelo tan oscuro como la noche, suelto sobre los hombros como si se negara a ser domado, igual que su espíritu indomable. Esos hechizantes ojos castaños me atraen, encantadores y seductores. Mi castillo podría estar ardiendo a mi alrededor y aun así no sería capaz de apartar la mirada.

Su piel parece tan suave, y esos labios… Dioses, no puedo respirar.

El aroma embriagador de mi compañera aún flota en mis pulmones, recorriéndome de una forma que resulta instantáneamente familiar y desoladoramente nueva al mismo tiempo.

Las grandes puertas se cierran de golpe tras el último guardia que sale y el sonido pesado retumba en la cámara como una sentencia final. El eco se desvanece, dejándonos en silencio.

Es entonces cuando mi lobo despierta con un rugido.

No con suavidad.

No con cautela.

Surge de mis profundidades como una bestia liberada de cadenas de hierro, inundando mis venas de calor y poder y una presencia feroz tan intensa que me roba el aliento. Mis músculos se tensan por voluntad propia, la fuerza fluye hacia ellos hasta que me siento más grande, más pesado y más sólido de lo que era hace un momento.

Célula a célula, mi cuerpo cobra vida.

Vida de *verdad*.

Tomo aire lentamente y siento que el pecho se me ensancha. Siento que mis sentidos se agudizan. Puedo oír los latidos del

corazón de mi compañera, rápidos y fuertes. Puedo oler cada deliciosa pulgada de ella. Casi puedo *saborearla* en el aire.

Mi lobo empuja hacia delante, ansioso, posesivo, triunfante.

—¿Dónde cojones has estado? —pregunto.

—*Mía* —gruñe él como respuesta.

—*Nuestra* —corrijo mientras una nueva forma de posesividad me recorre con furia.

Ella inclina la cabeza mientras observa mi transformación, como si pudiera notar que algo acaba de cambiar, como si pudiera *sentir* la diferencia.

Le devuelvo la mirada, preguntándome qué hacer. Qué decir.

Toda mi vida he mandado. Mi voz ha movilizado ejércitos. Mi voluntad ha dominado manadas y aplastado disidencias. Nací alfa. La dominación es para mí tan natural como respirar, un lenguaje que mi cuerpo habla sin pensar.

Pero al mirar a esta frágil hembra humana, de pie allí sin miedo, con los ojos brillantes y fieros, sé instintivamente que esta no es una situación que pueda manejarse de la misma manera.

La dominación y las órdenes no funcionarán con ella.

La fuerza bruta no me llevará a ninguna parte.

Ella no es una presa.

No es mi súbdita.

No es algo a lo que se pueda ordenar que ocupe su lugar.

Es una parte de mí. Una igual. Mi futura reina.

Si acaso, hay algo en la forma en que me observa —evaluadora, firme, inquebrantable— que sugiere que muy bien podría ser ella quien me domine a *mí*.

El pensamiento envía un escalofrío peligroso a través de mi lobo.

Su voz rompe el silencio.

—¿Qué pasará con todas esas chicas?

La pregunta es aguda, inmediata, totalmente despreocupada por su propia posición vulnerable en este momento. Estoy tan distraído con ella que tardo un latido en comprender a qué se refiere.

—¿Qué chicas? —pregunto.

Me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Las chicas que has *convocado* aquí —dice, con la incredulidad tiñendo sus palabras—. Las que acabas de despedir.

La verdad me golpea con una claridad vergonzosa.

Me había olvidado por completo de ellas.

Desde el momento en que percibí el aroma excitado de mi compañera, nada más existía. Ninguna otra mujer importaba. Todo se había desvanecido de mi mente.

La pura gravedad de su presencia borró de mi mente todo lo que no fuera *compañera*.

—Serán devueltas a sus hogares —digo, con voz firme a pesar de la tormenta que ruge bajo mi piel—. Con disculpas. Y una compensación.

—*Esta noche* —dice ella, cruzándose de brazos mientras me fulmina con la mirada.

Dioses, qué fiera es. Estoy enamorado.

—Esta noche —asiento con firmeza.

—Y con *mucha* compensación —añade ella.

Mis labios se curvan en una sonrisa. —Tanta que volverán a casa corriendo con una sonrisa en la cara.

Parte de la rigidez de su cuerpo se relaja. —Lo dudo —dice ella, aunque ahora hay menos acidez en su tono—. Han quedado traumatizadas, pobres chicas.

Y ha valido la pena.

Por encontrar a esta mujer increíble.

Ha valido la pena.

—No fue mi primera opción —digo con vacilación.

—Eso espero —dice ella, con la barbilla en alto, mirándome desafiante—. Es una costumbre bárbara.

—Te... pido disculpas. Estaba desesperado.

—¿Por qué?

Respiro hondo y todo mi cuerpo se suaviza. —Por ti. Todo fue para encontrarte a ti.

—¿A *mí*? —Se lleva la mano al pecho y retrocede un paso, con esos ojos desafiantes derritiéndome el alma—. ¿Y qué me hace tan especial?

—Eres mi compañera —digo en voz baja—. Eres nuestra reina.

No se mueve mientras me mira fijamente durante un largo rato, y entonces estalla en carcajadas. —Su *alteza* —dice con sarcasmo—. Yo fabrico velas. No gobierno reinos de lobos en tierras extrañas y lejanas.

Doy un paso adelante y le cojo la mano. Su risa se desvanece rápidamente.

—Y yo he estado viviendo sin la mitad de mi alma durante cuarenta y un años —digo, con voz baja y firme—. He luchado en la soledad. Casi pierdo a mi lobo por el dolor. Me estaba ahogando sin mi reina y ahora mis pies están en tierra firme. Muchas cosas han cambiado hoy.

Me mira fijamente mientras el peso de mis palabras se asienta entre nosotros. Por primera vez desde que la arrastraron a esta sala, veo un destello de incertidumbre en sus ojos; no es miedo, sino algo más sereno. Algo más profundo.

—No lo entiendo —dice en voz baja—. ¿Por qué dices cosas así? Si quieres obligarme a entrar en tu cama, no hace falta que finjas que hay amor y... algo más.

Niego con la cabeza con vehemencia. —No se obligará a nada. ¿Acaso no lo... sientes?

Sus ojos curiosos me examinan mientras su mente trabaja. Desearía poder leer sus pensamientos y descubrir qué está tramando. Quiero sentir sus sentimientos y experimentar sus pensamientos junto a ella. Quiero ser parte de ella en todos los sentidos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto cuando no responde.

—Morwen.

—*Morwen* —susurro, saboreando el suculento nombre en mi lengua—. Precioso.

—Rey Alaric —dice ella, frotando su pulgar sobre mi mano. Es un gesto insignificante, pero hace que mis piernas, gruesas y poderosas, flaqueen. Puede ponerme de rodillas con muchísima facilidad.

—Estás dispuesto a ponerme una corona en la cabeza y sentarme en ese trono —dice ella, señalando el asiento vacío con los ojos—. ¿Cuando ni siquiera me conoces?

—Te conozco —digo de inmediato—. Íntimamente.

Ella se burla. —Me has *olido*. No es lo mismo.

—Para un lobo lo es —digo—. Un lobo al que has despertado de entre los muertos.

Ella inclina la cabeza. —Me he perdido.

—Y tú me has encontrado —digo, apretando más su mano—. Eres mi compañera, Morwen. Y yo soy el tuyo.

Mi lobo se pasea por dentro, deseando salir y oler a su compañera en persona. Lo contengo, pues aún no quiero entregarle a mi chica.

Mis ojos bajan a sus carnosos labios rosados y me pregunto cuánto tardaré en poder besar esos labios suaves siempre que me apetezca. Una vez que empiece, puede que no pare nunca.

—Eres mi compañera —digo, recalcándolo bien—. El destino lo ha decidido. Los dioses lo han decidido. Somos compañeros, y nada en este mundo —ni en el siguiente— va a cambiar eso.

—¿Mi opinión sobre el tema no importa?

—No —digo, negando con la cabeza—. Y la mía tampoco. Puedes ignorar los sentimientos de anhelo que recorren tu cuerpo ahora mismo. Puedes huir de nuestro reino y marcharte a casa. Puedes correr. Puedes esconderte. Puedes intentar luchar contra ello todo lo que quieras. Pero fracasarás. El anhelo será demasiado grande. Y volverás. Los compañeros *deben* estar juntos.

No es que fuera a dejar que se marchara. La encerraría en mi castillo si hiciera falta. La seguiría hasta su casa. No hay forma de que mi compañera vuelva a ese mundo peligroso sin que yo esté a su lado para protegerla. Es demasiado preciada para eso.

Retira suavemente su mano de la mía y da un paso atrás. La observo mientras se da la vuelta y mira hacia las vidrieras que muestran la historia de mis antepasados.

Mi lobo gruñe posesivamente mientras mis ojos voraces recorren el cuerpo de mi compañera, captando cada deliciosa curva.

Es más suave que cualquier criatura que haya visto jamás, tan distinta de los cuerpos duros y musculosos de las mujeres cambiaformas lobo. Pero también hay fuerza en ella. No hay nada

frágil en su forma de comportarse. Puede parecer delicada y quebradiza, pero es una fuerza a tener en cuenta.

Quiero alargar la mano y tocarla. Atraerla contra mi cuerpo y sentir exactamente lo bien que encaja. Quiero saborear esa boca dulce y pasar mi lengua por su piel.

Mi miembro se pone largo y duro bajo mi túnica púrpura mientras imagino que la desvisto. Me tomaría mi tiempo y disfrutaría de cada centímetro de su piel desnuda.

Dioses. ¿Se saciará alguna vez esta necesidad lasciva?

El contorno de sus pechos sube y baja con cada respiración que toma, y me descubro siguiendo el movimiento, imaginando el calor de su piel bajo mis palmas, la suave entrega de su cuerpo mientras se arquea hacia mí en lugar de alejarse. Su boca buscando la mía… Mis manos explorando… Tirando… Necesitando…

Mi lobo se abalanza. Instando. Exigiendo. Su hambre lúbrica es aguda e inmediata.

*Mía*.

Trago saliva y aparto la mirada. Pero incluso el aire está impregnado de su aroma embriagador. Huele a cera tibia y a miel y a algo embriagadoramente humano y femenino por debajo. La respiro con inhalaciones profundas e insaciables.

Me mata tener que esperar para reclamarla. Faltan tres semanas para la próxima luna llena, para la ceremonia de apareamiento, cuando a los compañeros se les permite por fin tocarse, marcarse, tomar lo que el destino tan generosamente ha proporcionado. Es una noche sagrada, pero ahora mismo, la espera parece una maldición.

He esperado media vida por ella, he vagado sin mi otra mitad durante cuarenta y un años estériles, y ahora que está al alcance de mi mano, se espera de mí que *espere* aún más.

Será una tortura.

Una tortura pura y exquisita.

Mi lobo gruñe confirmándolo, paseándose inquieto dentro de mí, imaginando ya su sabor, su sonido, el aspecto que tendrá cuando finalmente se someta al vínculo contra el que lucha con cada centímetro orgulloso de su espalda. Trago saliva, obligándome a

respirar, a recordar que ella no es un lobo, que no está sujeta a nuestros instintos ni a nuestras leyes.

Todavía.

—De acuerdo —dice ella, girándose ligeramente, asombrándome de nuevo—. Supongo que puedo quedarme a pasar la noche. ¿Tendré mi propia habitación?

Mi corazón se expande. —Tendrás todo lo que desees.

Ella asiente. Está decidido. —Me quedaré a pasar la noche. *Si* ordenas a esos brutos que traten a esas mujeres como a verdaderas damas y las escolten a casa.

—Así se hará.

—A *casa* —dice con mirada firme—. No dejarlas en la frontera como ganado, sino hasta la puerta de sus casas. A salvo. *Con* compensación.

—Tienes mi palabra. No sufrirán ningún daño.

—Bien —dice con un asentimiento—. Porque si siquiera una de ellas resulta herida, abandonaré este castillo y no volveré jamás.

—Entendido.

—Y si no me dejas marchar —advierte—, me iré de otra forma.

Trago saliva, ese pensamiento es demasiado espantoso para imaginarlo. Si se quitara la vida, nunca me lo perdonaría. Estaría justo detrás de ella, siguiendo sus pasos hacia el más allá.

—Están bajo la protección del Rey —digo sintiéndome inestable —. Cualquiera que las dañe responderá ante mi lobo.

—Bien —dice ella—. Confío en ti. No sé por qué, pero lo hago.

Es una buena señal. Al menos es un comienzo.

—¿Cenarás conmigo? —pregunto.

Ella sonríe tímidamente. —Vale. Me gustaría.

—Muy bien —digo, respirando por última vez su aroma—. Yo me ocuparé de las mujeres. Mi chambelán te mostrará tus aposentos.

La miro un momento más, contemplando su belleza, aún sin estar seguro de si esto es real.

—Mi reina —digo, inclinando la cabeza antes de darme la vuelta y marchar hacia las grandes puertas. No miro atrás. Sé que no sería capaz de evitar volver si viera el impresionante rostro de mi compañera una vez más.

Atravieso las puertas y llamo a Brutus, mi comandante beta. Le ordeno que devuelva a cada mujer humana a sus hogares, ilesas.

—Hablo en serio, Brutus —advierto con tono cortante—. *Ilesas*.

—Sí, mi Alfa —dice él, haciendo una profunda reverencia.

A continuación, ordeno al guardián del tesoro que dé a cada mujer una bolsa de monedas por valor de un año de trabajo. Casi se resiste hasta que ve que no es algo negociable.

—Sí, mi Alfa —dice, alejándose apresuradamente para cumplir mi orden.

Ordeno al chambelán que prepare la habitación de mi compañera y le proporcione un baño caliente y el vestido de mayor calidad que el reino pueda ofrecer. También le digo que requeriré una cena privada en mis aposentos con algo que desearía un humano.

Tras delegar todas las órdenes, me dirijo al patio y advierto a cada miembro de mi guardia real que trate a estas mujeres como a la realeza. Es importante para Morwen, así que es importante para mí.

Después de que todos se han marchado, y el sol empieza a ponerse, miro hacia la torre de piedra de mis aposentos privados donde pronto recibiré a mi compañera.

Sólo.

A pocos pasos de mi cama.

Exhalo larga y profundamente, luchando contra los intensos impulsos que me desgarran.

Tres semanas.

Debo esperar tres semanas antes de poder tocar ese cuerpo celestial.

No sé cómo sobreviviré.

Pero lo haré.

Porque cuando la luna finalmente salga llena y brillante, cuando por fin se me permita reclamar lo que el destino ha puesto en mis manos, sé una cosa con absoluta certeza.

Ella valdrá *cada* segundo de espera.

# CAPÍTULO SEIS

*Morwen*

Nunca he llevado nada parecido. Ni siquiera sabía que fuera posible fabricar un material tan espléndido.

El precioso vestido cae sobre mi cuerpo, deslizándose por mis caderas como el agua sobre una roca cuando me muevo. La mujer que me ayuda, Nyxara, me ha dicho que se llama seda. Junto al celestial tejido hay unos bordados tan finos que me da miedo tocarlos con demasiada brusquedad.

Me quedo hipnotizada por mi reflejo en el gran espejo mientras me muevo; la tela capta la luz de las formas más etéreas. *Brilla* al caminar. Parece que me estuviera iluminando la propia luna.

—Estás hermosa —dice Nyxara, asintiendo con aprobación ante su propio trabajo. He tomado un baño caliente, el primero de mi vida y, os aseguro que podría acostumbrarme a ello. Supera con creces lo de bañarse en el arroyo helado con las otras mujeres mientras unos chicos inmaduros espían desde los arbustos.

Nyxara me ha lavado el pelo con un jabón líquido muy fino que llama champú —aún puedo olerlo en mis mechones largos y sedosos — y me lo ha peinado con ondas. Es impresionante.

*Si tuviera una corona en la cabeza, parecería una reina.*

El pensamiento es absurdo.

Pero es cierto. Vestida así, doy la talla.

—Es la hora, lady Morwen —dice Nyxara. Es una joven cambiante de lobo, probablemente de menos de dos décadas de edad, pero tiene un talento increíble. Nunca me mira a los ojos, pero la pillo estudiándome con curiosidad siempre que cree que no la veo.

La sigo fuera de mi habitación hacia el interior del castillo. Ahora está más oscuro y el pasillo de piedra está iluminado por antorchas; las llamas bailan con las sombras allí donde la luz y la oscuridad se encuentran.

Nyxara camina delante de mí y estudio su cuerpo firme y musculoso. Es alta y esbelta, con músculos potentes en sus hombros y brazos descubiertos. Hay una elegancia natural en su forma de caminar; sus zancadas son seguras y poderosas, como si estuviera completamente en sintonía con su cuerpo. Me he fijado en que todos los cambiantes son así. No son torpes ni descoordinados de esa forma entrañable que tienen los humanos. Estos cambiantes se mueven como depredadores alfa. Nyxara parece más fuerte que cualquier guerrero humano que haya visto jamás, y me pregunto qué tal le iría al más rudo de los hombres humanos en una pelea contra ella.

Y entonces caigo en la cuenta.

Lleva un lobo en su interior.

Todos ellos lo llevan.

El pensamiento se asienta frío y pesado en mi estómago mientras pasan otros dos cambiantes de lobo; ambos me miran fijamente con curiosidad.

Tendré que andar con pies de plomo por aquí.

Las intrincadas políticas de un castillo son peligrosas para cualquiera, y más para una humana indefensa entre una manada de lobos.

—No falta mucho —dice cuando me quedo atrás. Se detiene para dejar que la alcance—. ¿Deseas que te lleve en brazos?

Contengo una respuesta mordaz. ¿Tan débiles se piensa que somos los humanos?

—Soy perfectamente capaz de caminar —digo, pasando por su lado con paso firme. Aunque estos preciosos zapatos me están

matando los pies, y que me lleven a caballito suena de maravilla.

La sigo por largos pasillos de piedra mientras mis pasos resuenan suavemente y mi pulso se niega a calmarse. Llegamos a una pesada puerta de madera que Nyxara abre antes de indicarme que entre. —El rey Alaric os recibirá aquí.

—Gracias, Nyxara —le digo, sonriéndole—. Te agradezco mucho todo lo que has hecho.

Ella me devuelve la sonrisa, inclina la cabeza y se marcha, cerrando la puerta sin decir palabra.

Me da un escalofrío al observar la gran sala iluminada por el tenue resplandor de los faroles. Mi mirada se clava de inmediato en el enorme mural que domina la pared del fondo.

Es un campo de batalla.

Lobos y humanos enzarzados en un conflicto brutal; sangre, acero y pelaje representados con un detalle escalofriante. En el centro está un Rey Lobo, imponente y victorioso, sosteniendo por el pelo la cabeza cortada de un rey humano.

Encantador.

La puerta se abre a mis espaldas y el rey Alaric entra, pareciendo más grande que nunca.

—Os pido disculpas por eso —dice frunciendo el ceño—. Haré que lo cambien de inmediato.

No lleva la corona.

Sin ella, esto parece más real. La corona resultaba... surrealista. Como si me hubieran soltado en algún cuento de hadas salvaje de esos que se les cuentan a los niños antes de dormir.

Así, casi somos iguales. *Casi*. Si no tenemos en cuenta la tremenda diferencia de tamaño y el hecho de que él es el dueño de este castillo, tiene sirvientes y es el propietario de todo un reino.

Su cabello oscuro cae suelto sobre sus hombros anchos, es espeso y está un poco revuelto, como si hubiera pasado tiempo lavándolo y pasándose las manos para intentar que cayera justo así.

Odio que sea tan guapo. La belleza siempre vuelve las cosas peligrosas.

Si hubiera sido un rey viejo, curtido y feo, podría haber levantado la barbilla, decir «no, gracias» y emprender el camino de vuelta a mi

aldea con la frente en alto.

Pero esos ojos... Dioses, esos ojos grises...

Lo cambian todo.

Hacen que la lógica y el buen juicio salgan disparados por la ventana.

Alaric va vestido con una túnica y un abrigo de confección exquisita que se ajustan perfectamente a su enorme y potente silueta. Los materiales en este lugar... Dioses, son tan lujosos. Tan suaves. Tan hermosos. Me hormiguean las yemas de los dedos al imaginarme deslizándolas sobre la tela tensa que cubre su pecho sólido.

—Este mural se encargó antes de que yo naciera —dice, deteniéndose a mi lado.

Todo mi cuerpo cobra vida teniéndolo tan cerca. Se sentiría tan natural deslizar mi mano en la suya, pero no lo hago. Las mantengo detrás de la espalda por si acaso empezaran a cobrar vida propia.

—A decir verdad, había olvidado que estaba aquí. Haré que lo destruyan de inmediato.

—No es necesario —digo con una risita nerviosa—. Es una pieza histórica. Y es...

Lo examino rápidamente, intentando encontrar *algo* que elogiar. Hago una mueca al fijarme en la expresión de tormento en el rostro de la cabeza cortada del rey.

—...muy... grande —digo finalmente—. Simplemente me alegra que esa parte de la historia haya terminado.

—Igual que yo —responde él en voz baja.

Se gira hacia mí y me ofrece su brazo. —¿Cenamos?

—Sí —digo, rodeando su gigantesco bíceps con mi brazo—. Aunque me encantaría que me enseñaras el castillo. Nunca he estado dentro de uno.

—Vuestros deseos son órdenes para mí. —Me sonríe y se me corta la respiración. Me doy cuenta de que no es el tipo de hombre que sonríe muy a menudo, si es que lo hace alguna vez. Me resulta muy íntimo, como si me estuviera dejando asomarme a su verdadero yo. Estoy viendo al hombre que hay tras la corona.

Y quiero ver más.

Primero, me lleva a la biblioteca, donde hay más libros de los que pensaba que existían en el mundo. Me quedo boquiabierta al ver las estanterías altísimas llenas de viejos libros encuadernados en cuero que llegan hasta el techo.

—¿Te gusta leer? —pregunta, con esos afilados ojos grises estudiando mi rostro.

—Sí —digo, pensando en esas locas historias de amor que intercambio con Lyris. Historias de mujeres que se enamoran de tritones en el océano y de hombres que vuelan por el cielo. Aunque, después de lo de hoy, esas historias ya no parecen tan disparatadas. Me parecen casi manuales de instrucciones.

Saca un grueso libro de cuero y le quita el polvo de un soplido. —«Técnicas de cosecha de tierra de los antiguos Kralak» —lee en la portada—. ¿Has leído este?

Trago saliva y niego con la cabeza. —Creo que no.

Pasa unas cuantas páginas y luego lo devuelve a su sitio. —Todos estos libros son tuyos para leerlos cuando desees.

—Gracias —digo, buscando con la mirada la sección de las novelas románticas entretenidas y mediocres. Quizá tenga que empezar a escribir una...

Continuamos explorando el castillo, paseando por las murallas exteriores, donde la impresionante vista de las tierras se abre ante nosotros; tengo que detenerme solo para asimilarlo todo. La barandilla de piedra está fría bajo mis dedos mientras contemplo las colinas verdes que se extienden hasta donde alcanza la vista. Unas pocas ovejas salpican la hierba verde a lo lejos.

Más allá de las colinas se encuentra el bosque salvaje y oscuro que se extiende hasta el horizonte. Ese debe de ser el verdadero reino de este Rey Lobo. Me estremezco al preguntarme cuántos lobos grandes y hambrientos estarán merodeando por ese bosque ahora mismo.

El sol empieza a ponerse, tiñendo el cielo de colores brillantes y vibrantes. Es precioso. Nunca he visto el mundo desde tan alto. Así es como deben de ver la tierra los gigantes.

Toda la escena parece irreal, como si hubiera entrado en una historia destinada a ser leída más que vivida.

Puedo sentir el calor del rey Alaric a mi lado y me acerco un poco más a su imponente figura. Él se queda ahí, estoico, inspeccionando su reino con mirada de acero, mientras su pelo oscuro ondea con la brisa fresca. Este hombre nació para gobernar.

Pero no puedo evitar preguntarme si lo que dijo es cierto. ¿Nació él para mí?

¿Y yo para él?

No puedo negar el intenso anhelo que he estado sintiendo. Incluso cuando me estaba arreglando con Nyxara, contaba los segundos que faltaban para volver a verlo.

Cuando nos separamos, sentí una extraña sensación de pérdida. Como la que se siente al perder un miembro. Como si una parte de mí se hubiera ido.

Pero no puede ser real, ¿verdad? Debe de ser una ilusión. La corona, el castillo, los sirvientes y las ricas telas. Todo debe de estar engañando a mi mente. Un misterioso medio de seducción.

Pero cuando lo observo contemplando su reino y veo el peso de la responsabilidad en sus ojos por estar al cargo de todo ello, el corazón me duele por él. Quiero ayudar a aliviar esa carga de cualquier forma que pueda.

No puedo comandar ejércitos de lobos ni presidir una corte real, pero puedo ayudarle de otras maneras... Puedo masajear esos hombros tensos y hacer que se sienta a gusto con mis suaves artes femeninas. Puedo susurrarle palabras de aliento y ser un oído para sus preocupaciones y miedos más profundos, esos que no está dispuesto a contar a nadie más. Hay mucho que puedo hacer.

—Estas tierras han pertenecido a mi familia desde que existen las historias escritas —dice con esa voz profunda y gruñona a la que me estoy volviendo adicta rápidamente—. Nueve generaciones al menos. Nueve reyes y reinas, cada pareja real fiel custodia del Reino Lobo durante su mandato. Yo soy el décimo rey. Y tú, Morwen, mi compañera, serás la décima reina.

Se gira y me mira con tanto amor y adoración que me flaquean las piernas. El calor brota en mi pecho mientras él da un paso al frente, alzándose sobre mí, imponente, hermoso, mío.

—No sé si soy capaz de todo eso —digo, sintiéndome un poco mareada al mirar las vastas tierras que se extienden hacia el horizonte—. Es mucho a lo que estar a la altura.

—El destino no pondría esa responsabilidad sobre tus hombros si no pudieras soportar el peso —dice él—. Eres capaz de mucho más de lo que crees. Puedo verlo en tus ojos.

Quiero ser lo suficientemente buena para él. Quiero ser la mejor reina que este reino haya visto jamás. Por *él*.

Esas manos grandes se deslizan por mis caderas y me mira a los ojos mientras inclina la cabeza. Me pongo de puntillas, con mi boca buscando la suya.

—Mi reina —susurra él, con sus labios sexy curvándose en una sonrisa—. Me gusta cómo suena eso.

—A mí también —susurro, dándome cuenta por primera vez de que es verdad. Me gusta cómo suena. Quiero ser la reina de este Rey Lobo. Quiero ser su compañera. Quiero serlo todo para él.

Sus manos se aprietan en mis caderas, anclándome a él mientras nuestros labios se encuentran. Gimo al rodear su cuello con mis brazos y saborear su boca suave y cálida.

La dulzura solo dura un instante. Al siguiente, su mano sube por mi espalda y se hunde en mi pelo, tirando de mí hacia delante. Gimoteo y suspiro mientras su boca voraz reclama la mía. Con fuerza. Sin tregua. Tan jodidamente *delicioso*.

Me roba el aire directamente de los pulmones.

El beso no se parece en nada a lo que imaginaba.

No hay vacilación, no hay un tanteo tentativo. Toma mi boca como lo toma todo lo demás: con decisión, con hambre, como si hubiera estado muriéndose por este preciso momento y no pudiera permitirse perder ni un segundo. Como si mi boca le perteneciera por derecho de nacimiento, como todo lo demás en este reino.

Abro más los labios mientras él inclina mi cabeza hacia atrás, jadeando mientras explora mi boca con su lengua caliente. Gruñe como si no pudiera tener suficiente de mí.

Ese sonido de gruñido excitante envía una sacudida de calor directa a través de mí, justo hasta mi coño sediento, y me aferro a él, con los dedos enroscándose en la parte delantera de su túnica

mientras él profundiza el beso. Su lengua se desliza contra la mía, exigente y minuciosa, y me derrito contra él con un sonido suave y desamparado que ni siquiera reconozco como propio.

Dioses.

Este hombre...

Estoy dispuesta a caer de rodillas ante él. Pero no para arrodillarme como todos los demás. Estoy dispuesta a hacer *otras* cosas.

Su brazo grande y codicioso rodea mi cintura, apretándome contra él, y siento lo mucho que desea esto; lo duro e implacable que está allí donde nuestros cuerpos se encuentran. Me fallan las rodillas, todo mi cuerpo se enciende con una necesidad desesperada y punzante que me hace dar vueltas la cabeza.

Ya no puedo vivir sin él. Lo sé ahora. Soy suya. Él es mío. Eso es todo lo que hay.

Me quedaré en este castillo. Seré su reina. Mientras podamos besarnos así, acepto el trato.

Le devuelvo el beso con la misma ferocidad, poniéndome de puntillas y presionando mi boca contra la suya con todo lo que tengo. Nuestras lenguas se enredan, nuestros alientos se mezclan, el mundo se reduce a calor, hambre y el suave roce de su barba contra mi piel.

Mi cuerpo se inflama con una feroz necesidad lujuriosa que nunca supe que fuera capaz de sentir. Quiero *más*. Mucho. *Más*.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos están oscuros y ardientes, sus pupilas dilatadas por el deseo y, por un segundo, estoy segura de que va a tomarme aquí mismo y ahora.

Toma varias bocanadas de aire profundas y tranquilizadoras mientras se aferra a mí, intentando controlarse. No quiero que se reprima. Quiero ver a este sexy Rey Lobo perdiendo todo el control por mí.

—Dioses... —susurra, soltándome de repente y dándose la vuelta con brusquedad.

Estoy mareada. Estoy conmocionada. Cada nervio de mi cuerpo está *vibrando*.

Él respira de forma violenta y pesada mientras lucha por dominarse.

—Soy alfa —se susurra a sí mismo—. Yo resisto.

Me paso la mano por la frente, preguntándome si este calor latente que truena por mi cuerpo se enfriará alguna vez.

—No podemos seguir así —gruñe en un tono bajo y monstruoso —. Si seguimos, no podré parar.

Me quedo mirando su gran espalda que sube y baja con cada aliento salvaje y me pregunto qué tendría de malo eso.

—La luna aún no es la adecuada —dice—. Los Dioses no lo aprobarían.

Dejo que recupere el control mientras mi cuerpo anhela y suplica más. Una parte oscura y traviesa de mí me sugiere que me suba la falda y le enseñe las piernas. Otra me insta a bajarme el escote del vestido. Otra me dice que me agache y finja que se me ha caído algo.

Mi cuerpo ansía ser reclamado.

En lugar de eso, sigo su ejemplo y respiro hondo, intentando ser respetuosa. No sé qué tiene que ver la maldita luna con todo esto, pero sé que hay mucho que aprender sobre estos lobos y sus extrañas costumbres, por frustrantes que resulten.

—Tres semanas hasta la próxima luna llena —murmura mientras se vuelve hacia mí, con la voz cargada de promesa y contención—. Y entonces...

No termina la frase.

No le hace falta.

Porque la mirada oscura y lujuriosa de sus ojos me dice *exactamente* lo que piensa hacerme cuando salga la luna llena.

Me estremezco ante el pensamiento.

Ojalá esas tres semanas pasaran volando.

# CAPÍTULO SIETE

*Morwen*

—Hasta ahora, hemos hecho esto a la manera de los lobos —digo mientras estamos sentados cenando, bebiendo el vino más suave y afrutado que he probado en mi vida—. Ahora ha llegado el momento de hacerlo a la manera humana.

Alaric me mira con curiosidad, arqueando una de sus oscuras cejas. —¿Tu gente tiene rituales de cortejo?

—Los tenemos.

—¿En qué consisten?

Sonrío mientras lo miro fijamente. —Preguntas. Las mujeres hacen preguntas.

—Oh —dice él, recostándose en su silla, con un destello de diversión recorriendo su apuesto rostro—. Preguntas.

—Sí —respondo, asintiendo con entusiasmo—. Preguntas. Y tengo *muchísimas*.

Él coge la botella y me rellena la copa de vino antes de acomodarse de nuevo y cruzar los brazos sobre ese pecho ancho, como si se preparara para lo que viene. —Procede —dice con solemnidad—. Por favor.

No pierdo ni un segundo.

—¿Eres una persona de mañana o de noche?

—De noche —responde de inmediato—. El reino está tranquilo entonces. Puedo pensar. Pero tampoco duermo demasiado sea la hora que sea, así que también me levanto temprano.

—¿Cuántas horas duermes?

—Cuatro.

—*¿¡Cuatro!?*

—En una buena noche.

—¿En una *buena* noche? —digo, mirándolo con horror—. ¡Oh, por todos los dioses, vas a pensar que estoy hibernando! Yo puedo dormir diez horas *fácilmente*.

Me encanta cómo sus sonrisas siempre llegan a sus ojos. Está muy guapo cuando se pone todo serio y regio, pero la versión relajada y sin estrés de Alaric también es bastante espectacular.

—Creo que disfrutaré bastante viéndote dormir —dice él.

—Oh, no —digo yo entre risas—. No es lo que te imaginas.

—¿Qué es lo que me imagino?

—No estoy segura, pero la realidad son un montón de mantas revueltas, piernas estiradas para todos lados, la boca abierta y mucha baba en la almohada. No es nada bonito. Ni muy propio de una reina.

Él sonríe. —Suena bastante entretenido.

Suelto un bufido dramático. —Sigamos. ¿Qué haces cuando no estás gobernando un reino?

—Siempre estoy gobernando un reino.

—Por supuesto —digo, poniendo los ojos en blanco—. Pero cuando no estás en modo rey.

Él simplemente me mira fijo.

—Cuando has terminado. Cuando te relajas.

Más mirada en blanco.

—Tienes que soltarte y desconectar de alguna manera —digo—. ¿Bailas, tocas algún instrumento o sales a beber con amigos? ¿Algo?

Suelta un suspiro largo y pesado. —Ser rey es todo lo que conozco.

Me duele el corazón por él. Puedo ver el dolor en sus ojos. La presión. La intensa carga que soporta cada segundo de cada día.

Debe de ser muy duro. No sé cómo un hombre puede manejar tal tensión sin acabar aplastado por ella.

Hago el voto de ser esa vía de escape para él. De ayudarlo a conectar con el verdadero Alaric. El hombre sin el título de «Rey» pegado a su nombre. Relajarse un poco no dañará a su reino. Lo convertirá en un gobernante más equilibrado, reflexivo y paciente.

Y no lo matará divertirse un poco.

—¿Te sientes solo como rey? —le pregunto.

Se encoge de hombros. —Estoy rodeado de personas y de lobos todo el tiempo.

—Ya... —me inclino, bajando la voz—. Pero no es lo mismo, ¿verdad? Nadie te habla como si fueras un igual. Nadie bromea contigo ni te dice la verdad cuando es incómoda. Cada interacción debe de sentirse tan... —Busco la palabra—. Estudiada.

Su mandíbula se tensa; no de forma defensiva, sino pensativa.

—No puedo imaginar lo que se siente —continúo suavemente—. Entrar en una habitación y saber que todos han decidido ya quiénes tienen que ser incluso antes de que hables.

La gente debe de convertirse en versiones diferentes de sí misma cuando está con él. Su realidad debe de sentirse muy distorsionada. Muy antinatural.

Durante un largo momento, no dice nada.

Después, en voz baja, dice: —Me miran como si no fuera uno de ellos. Como si fuera uno de los dioses.

Algo en su voz me encoge el corazón. Pobre hombre.

—Eligen sus palabras con cuidado —continúa—. Consienten demasiado rápido. Sonríen demasiado. Incluso los desacuerdos parecen ensayados, como si tuvieran miedo de mostrarme su lado malo. Nunca llego a ver quiénes son de verdad, y ellos nunca llegan a ver quién soy yo.

—Eso suena agotador.

—Lo es. —Su mirada cae hacia su vino—. Hay días en los que me pregunto si de verdad he conocido a alguien alguna vez.

Suspira. —A mi madre. A ella sí la conocí.

Me inclino hacia delante, apoyando la barbilla en la mano. —¿Puedes hablarme de ella?

—Era una mujer maravillosa. Amable y siempre sonriente a pesar de las presiones de su corona. Una vez, cuando yo era joven, mi padre me llevó con él mientras resolvía una disputa fronteriza especialmente sangrienta. Yo era demasiado joven para presenciar tales cosas y me afectó mucho.

Busco su mano antes de pensarlo mejor, apoyando mis dedos ligeramente sobre los suyos. Se queda quieto ante el contacto, luego gira la palma hacia arriba, dejando que entrelace nuestros dedos.

—Me encontró sentado solo en el patio de entrenamiento —continúa en voz baja—. No dejaba de ver los cadáveres en mi mente. Vi a mis compañeros cambiapieles sangrar por líneas trazadas en un mapa, vi el dolor extenderse por las familias.

Levanta la mirada hacia la mía, con algo más suave en ella ahora. —Le pregunté cómo podía sonreír en un mundo tan triste. Cómo podía soportarlo.

—¿Y qué dijo ella? —pregunto con dulzura.

—Se sentó a mi lado y me cogió las manos, justo así —dice, girando su palma para que yo pueda sentir el eco del recuerdo—. Y dijo que el mundo nunca ha necesitado más oscuridad —continúa suavemente—. De eso ya tiene de sobra. Lo que necesita es a aquellos dispuestos a cargar con la luz cuando otros ya no pueden más.

Su pulgar acaricia mis nudillos, lento y distraído, perdido en el recuerdo.

—Me dijo que sonreír no es fingir que el dolor no existe. Es elegir no dejar que el dolor gane. Que la alegría, cuando se elige frente al sufrimiento, se convierte en un escudo; para uno mismo y para todos los que te observan.

Se me aprieta el pecho.

—Dijo que la felicidad de un Rey Lobo nunca es solo suya. Se convierte en un permiso. El permiso para que la manada elija la alegría, la risa y la amabilidad por encima del odio, el miedo y las tinieblas.

Exhala, un suspiro tranquilo y constante. —Entonces se inclinó, apoyó su frente contra la mía y me dijo algo que nunca he olvidado.

Su voz baja de tono.

—Alaric, tu empatía te hace fuerte. Serás un buen rey porque te preocupas.

Trago saliva con dificultad.

—Me dijo que cuando la corona pesara demasiado, cuando la soledad me calara hondo, cuando la oscuridad amenazara con tragarme entero, debía recordar quién soy. Y luego me dijo unas palabras por las que me guío. Palabras que digo siempre que estoy luchando. Siempre que siento que no puedo aguantar ni un segundo más en este mundo.

Levanta mi mano y la presiona contra su pecho. Puedo sentir los latidos de su corazón.

—Soy alfa —susurra—. Resisto.

Las palabras se asientan entre nosotros mientras siento el ritmo de su corazón, fuerte y sincero.

—Parece que era muy sabia —susurro.

Él asiente una vez. —Lo era.

—Estoy segura de que estaría muy orgullosa de ti —digo, retirando la mano.

Sus ojos se encuentran con los míos. Brillan a la luz de las velas. —Gracias. Aunque no he sonreído mucho en las últimas dos décadas.

Levanto mi copa de vino y le sonrío con timidez. —Supongo que tendremos que cambiar eso.

Él sonríe y esa sonrisa me llena todo el cuerpo de calidez.

Los sirvientes reales traen la comida, sirviéndola con gran pomposidad. Me quedo asombrada ante toda la carne, las verduras y los panecillos que hay sobre la mesa. Es suficiente para alimentar a medio pueblo. Pienso que se han equivocado hasta que miro a mi compañero de cena y, una vez más, me maravillo de su tamaño.

Sigo acribillando a Alaric a preguntas mientras empezamos a comer, pero no parece importarle. Me da la impresión de que está muy intrigado por mí. Como si estuviera impaciente por oír lo siguiente que va a salir de mi boca.

Intento aligerar el ambiente y conseguir que este hombre tan serio sonría, así que paso a algunas preguntas tontas.

—¿Alguien se ha desmayado alguna vez delante de ti? Siento que la respuesta es sí.

Él suelta una risita. —Muchas veces.

—Vaya —digo riendo—. Sé que no debería reírme, pero me lo imagino perfectamente. Pareces tan intimidante con esa corona puesta. ¿Ensayas lo de parecer intimidante o simplemente te sale natural?

Su boca se curva en una sonrisa.

—¡Totalmente lo ensayas!

Él sacude la cabeza y ríe entre dientes. —Cuando me pusieron la corona por primera vez...

—¡Lo *sabía*!

—... *puede* que lo ensayara una vez. O dos.

—O cien veces —digo yo, riendo nerviosamente.

—No más de diez.

Le señalo con el dedo mientras los dos nos partimos de risa. —¡Bueno, ahora ya eres un profesional!

No soy solo yo la que hace las preguntas. Él me pregunta todo sobre mi vida en la aldea, mi historia personal y mi negocio de fabricación de velas. Se inclina hacia delante y escucha con atención, haciéndome preguntas de seguimiento y escuchando como si no pudiera saciarse de las palabras que salen de mi boca.

Él dirige todo un reino y yo dirijo una minúscula operación de fabricación de velas en la feria del pueblo, pero me hace sentir como si fuera la cosa más increíble del mundo.

Alaric come una cantidad de comida increíble mientras hablamos. Yo termino *mucho* antes que él, pero no me importa. Estamos teniendo una conversación estupenda y me gusta verlo comer. No me canso de ver cómo mastica esa mandíbula tan grande y masculina.

Los sirvientes retiran los platos cuando él termina por fin, nos rellenan el vino y nos traen el postre: un delicioso pastel de bayas caliente que hace que se me encojan los dedos de los pies al dar el primer bocado.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo suavemente mientras lamo el tenedor.

Él asiente. —Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Qué le pasó a tu lobo? —pregunto—. ¿Dijiste que casi lo pierdes por el dolor? ¿Qué significa eso? ¿Cómo lo pierdes si está dentro de ti?

Alaric baja la mirada hacia la mesa y noto que su respiración se vuelve más lenta y pesada. Cuando habla, su voz es más baja, como si dejara que lo viera en su momento de mayor vulnerabilidad.

—Se quedó en silencio —dice con tristeza—. Durante el último año, simplemente... dejé de sentirlo por completo. Sin impulsos durante la luna llena. Sin instinto. Sin gruñidos ni aullidos. Solo... vacío.

Cruzo mi brazo sobre la mesa sin pensarlo y pongo mi mano sobre la suya.

—Ha sido horrible —susurra—. Un Rey Lobo no puede gobernar una manada sin su lobo. Los cambiapieles se rebelarían por instinto. Sería antinatural para ellos. En las últimas semanas, podía sentir que empezaban los rumores. Empezaban a dudar de mí. Temía que las rebeliones estuvieran a punto de comenzar. Y yo no tenía nada con qué combatirlas.

Me duele el corazón.

—Todo mi reino habría quedado en ruinas. Manadas luchando contra manadas. Nadie habría estado a salvo.

Y el Rey Lobo, mi compañero, este hombre increíble, habría sido el primero en morir. Me estremezco ante la idea.

—Y ahora... —digo, con miedo a preguntar—. ¿Ha vuelto?

Alaric yergue los hombros como si pudiera sentir el poder en su interior. Sonríe mientras sus ojos se llenan de orgullo.

—Ha vuelto —dice con confianza—. *Tú* lo has traído de vuelta. En el momento en que sentí tu aroma, fue como si despertara con un rugido. Como si hubiera estado sumido en el dolor esperando a su compañera todo este tiempo y, en cuanto apareciste tú, la pesadilla terminó.

Mis mejillas se sonrojan tímidamente. No puedo creer que haya devuelto la vida a su lobo. No puedo creer que nada de esto esté pasando.

—¿Lo has dejado salir? —pregunto, repasando el día en mi cabeza. ¿Ha tenido tiempo de liberar a su lobo? No lo creo...

—Todavía no —dice él—. Quería prepararme para nuestra cena.

Me levanto de la mesa tan rápido y con tanta fuerza que mi silla chirría contra el suelo. —Vayamos ahora mismo.

—¿Ahora? —dice él, arqueando una ceja.

—Sí —respondo con el pulso acelerado—. Quiero verlo. No me hará daño, ¿verdad?

—*Jamás* —dice tajante—. Moriría por protegerte.

—Entonces salgamos fuera —digo, agarrándole la mano y tirando de él para que se levante—. Tu lobo ha esperado todo este tiempo para conocerme. No lo hagamos esperar ni un segundo más.

Alaric sonríe mientras deja que lo ayude a ponerse en pie.

—Muy bien —dice, siguiéndome hacia la puerta—. Prepárate para que te den muchos lametones.

# CAPÍTULO OCHO

*Rey Alaric*

En cuanto salgo al exterior, mi lobo estalla en deseos de salir.

Arremete, araña y gruñe en mi oído, más excitado de lo que jamás lo he sentido.

Se siente como el lobo de mi juventud, con más energía de la que podría cansar mientras golpea el interior de mi piel como un ariete; puro músculo, instinto e impaciencia salvaje, haciendo que mis huesos vibren con su poder.

Tropiezo sobre la hierba, intentando dejar a Morwen a una distancia segura tras de mí. Sé que mi lobo nunca le haría daño, pero está tan cargado de adrenalina y entusiasmo que me preocupa que pueda lastimarla por accidente. Se me oprime el pecho con el esfuerzo de mantenerlo contenido; cada aliento es una batalla, cada paso un acto de moderación. Es como intentar frenar a una bestia que embiste sin más herramientas que la voluntad y el orgullo, y ambos están flaqueando.

—*Quédate atrás* —le advierto a mi compañera, con una voz que suena monstruosa por estar tan cerca de la transformación.

Ella se mantiene cerca de la entrada del castillo mientras yo avanzo a trompicones, intentando alejarme de ella todo lo posible antes de que esta bestia se libere de mi piel.

*Ten cuidado con ella*, le advierto mientras me quito la ropa de un tirón y me descalzo las botas.

Él responde con un estruendo bajo y posesivo que vibra a través de mis costillas. Mis brazos y mi pecho empiezan a hincharse. Los colmillos me *duelen* a medida que se alargan y se afilan. El calor aumenta en mis músculos en expansión; la piel se tensa y se estira hasta el punto de desgarrarse.

Es un dolor dulce. Un dolor adictivo. Un dolor que he echado de menos...

Hacía mucho tiempo que no sentía un poder semejante.

Una sonrisa asoma a mis labios mientras él explota fuera de mí con un rugido y yo me veo arrastrado a la oscuridad.

El mundo exterior cobra nitidez, cada sentido se agudiza con intensidad al experimentar de repente el mundo como un lobo. El suelo mismo se siente distinto bajo mis patas. Puedo *saborear* el aire. Puedo oler los animales que pasaron por el bosque hoy más temprano, el rocío en la hierba de esta mañana, el musgo en el muro de piedra. Pero, por encima de todo y consumiéndolo todo, está el sagrado aroma de mi compañera.

Mi lobo se gira y la mira, gruñendo bajo y con aire posesivo mientras da un paso hacia ella.

*No*, le ladro. *Todavía no. Libera algo de energía primero.*

Me ignora. No hay forma de impedirle que huela a su compañera, que se acerque, que experimente aquello que ha estado esperando durante tanto tiempo.

Baja la cabeza y se dirige a ella.

Quiero decirle que no se preocupe. Que sigo con ella. Que él nunca le haría daño.

Pero cuando veo la expresión de su rostro, sé que no hace falta. Ella ya lo sabe. Una compañera lo sabe.

—Hola —dice ella, con una sonrisa emocionada floreciendo en su rostro mientras sus ojos se inundan de lágrimas. Alarga la mano hacia él.

Mi lobo gruñe posesivamente con la cabeza gacha mientras da pasos cuidadosos y tentativos hacia ella.

Parece una muñeca comparada con el tamaño de mi lobo, pero no muestra miedo. No retrocede.

Siento el escalofrío de felicidad que recorre a mi lobo cuando nuestra compañera hunde las manos en el pelaje de su nuca, acariciándolo mientras él se aproxima.

Él inhala profundamente, llenando sus pulmones con su embriagador aroma mientras ella le susurra cosas dulces al oído.

—Alaric me ha hablado mucho de ti —susurra ella—. Tenía muchas ganas de conocerte.

Él gruñe y apoya su nariz húmeda en el cuello de ella, en el lugar donde estará nuestra marca, y ella suelta una risita de lo más adorable.

—Me alegra que hayas vuelto —susurra mientras acaricia su gran rostro, pasando la mano por su hocico y bajo la barbilla—. Y no me voy a ir a ninguna parte, así que no te vuelvas a marchar, ¿de acuerdo? Quédate con Alaric. Él te necesita. Y yo también.

Los dos se han hecho amigos inseparables en un momento. Si no estuviera tan rematadamente feliz, sentiría un poco de envidia.

Un lobo aúlla en algún lugar lejano y mi lobo gira la cabeza, anhelando responder.

—Ve —dice Morwen, retrocediendo con lágrimas en los ojos—. Respóndeles. Diles que su rey ha vuelto.

Mi lobo le lame el cuello una última vez, se gira y sale disparado hacia delante, cruzando las colinas a toda velocidad.

Sonrío al sentir los latidos de su corazón, sus patas golpeando el suelo, su poder y su júbilo irradiando a través de ambos.

Es increíble. Surrealista. Como un sueño del que no quiero despertar.

Me siento renacido. Vivo.

No estaba seguro de si volvería a sentir esto alguna vez.

Pensé que esta parte de mi vida había terminado.

Si estuviera en mi forma humana, se me saltarían las lágrimas, pero no hay lágrimas en los ojos de mi lobo. Solo hay un propósito puro y centrado.

Las colinas se desdibujan mientras las atraviesa, salvaje y libre, el viento rugiendo en nuestros oídos, las patas trabajando tan rápido

como puede moverlas. Corona una colina y luego corre hacia otra, los pulmones ardiendo de la mejor manera, el corazón palpitando con una alegría tan feroz que parece que fuera a partirme en dos.

Corre hasta la cima de la colina más alta y se detiene en el pico, girándose para mirar a su compañera una última vez antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar un aullido largo y profundo.

El sonido brota de nosotros: fuerte, dominante y lleno de autoridad. Resuena en la noche a través de los valles, los ríos, los bosques, los pueblos y más allá.

Es una llamada. Una declaración. Una bandera clavada en el suelo.

Un anuncio antiguo e inequívoco.

Estoy aquí.

Estoy completo.

Soy vuestro Rey Lobo.

La respuesta llega enseguida.

Un aullido. Luego otro. Luego docenas más, surgiendo de todas direcciones, cerca y lejos, jóvenes y viejos. Lo oigo en sus respuestas: el alivio, la emoción, la esperanza.

Su Rey Lobo ha vuelto.

*Yo* he vuelto.

Los susurros conspiradores morirán ahora. Las dudas se marchitarán. La manada lo sentirá en sus huesos mucho antes de que la noticia llegue a sus oídos.

Y si alguien todavía se atreve a cuestionarme...

Enseño los dientes, eufórico.

No lo harán por mucho tiempo.

Mi lobo echa la cabeza hacia atrás una vez más, aullando a la noche. La respuesta es un coro estruendoso de aullidos. Tantos que no puedo distinguirlos unos de otros.

Todo lo que oigo es unidad.

Una voz. Una manada. *Mi* manada.

Y todo es gracias a ella.

Satisfecho, mi lobo trota de vuelta hacia mi chica, que sigue de pie donde la dejamos, con un aspecto arrebatador bajo la plateada luz de la luna.

*Es mi turno*, le digo. *Déjame salir.*

Él se aparta a regañadientes y me permite emerger. El pelaje desaparece en un instante, los largos y afilados colmillos se retraen y vuelvo a mi forma humana sintiéndome más completo y feliz de lo que he estado en toda mi vida.

El aire fresco de la noche me recorre la piel y, de repente, soy muy consciente de que estoy de pie, desnudo en el campo.

La desnudez no es nada para los cambiapieles, ya que estamos entrando y saliendo constantemente de nuestras formas animales y siempre hay alguien sin ropa, pero para los humanos, para mi compañera, es algo completamente distinto.

Sus ojos bajan rápidamente y contiene el aliento al ver mi tremendo tamaño.

Una lujuria ardiente surge por mis venas al ver cómo mira, pues toda la inocencia de esos preciosos ojos castaños ha desaparecido. La excitación y la necesidad han ocupado su lugar.

Aprieto los dientes, intentando evitar que mi miembro responda, pero no puedo. Se pone duro y grueso, cobrando vida propia.

Sus ojos se agrandan, el color asoma a sus mejillas y, que los dioses me ayuden, la forma en que se muerde el labio es lo más erótico que he visto nunca. Ya no hay forma de detener mi imponente erección. Me *late*.

—Alaric —susurra ella mientras da un paso adelante.

—*No* —siseo, levantando la mano mientras me doy la vuelta—. No podemos.

—Somos compañeros —dice ella en un tono bajo y sensual—. Podemos.

—No —digo, negando con la cabeza, sin atreverme a mirarla—. Tres semanas.

—¿Tres semanas? ¿Qué pasa dentro de tres semanas?

—El Lunaris Vinculum —digo, con el dolor recorriéndome el pecho. Me duele físicamente mantenerme alejado de ella—. Los lobos no pueden... hacer *eso* antes de la ceremonia de apareamiento.

—Yo no diré nada si tú no lo haces —dice ella, y aunque no puedo verla, sé que tiene una sonrisa pícara en el rostro.

Nunca he sentido una tentación igual. La atracción es demasiado fuerte. Me tiemblan las manos. Se me corta la respiración. Es *agonizante* saber que mi compañera y su suave y cálido sexo están justo ahí, y yo soy incapaz de entregarme al placer pecaminoso.

Aprieto los puños y cierro los ojos con fuerza.

—Soy el alfa —me susurro a mí mismo, intentando recuperar el control—. Yo resisto.

No me fío de mí mismo como para mirarla mientras cojo mi ropa y me la pongo rápidamente.

Estas serán las tres semanas más largas de mi vida.

Esperaré.

*Debo* esperar.

Y cuando el Lunaris Vinculum llegue por fin, haré que esta mujer exquisita aúlle más fuerte que mi lobo.

# CAPÍTULO NUEVE

*Morwen*

—¿Puedo sentarme en el *grande* y *duro* trono del rey? —pregunto con tono seductor mientras deslizo la mano por el respaldo de madera de la silla.

Alaric traga saliva con dificultad mientras me observa desde la base del estrado con esos ojos oscuros y sensuales. Estamos en el vasto salón del trono donde nos vimos por primera vez. Ya ha anochecido y estamos completamente solos. Las puertas están cerradas con llave. Lo he comprobado.

Han pasado quince días desde que pisé el reino por primera vez y, con cada uno de ellos, aumenta la tortura de tener que esperar a que llegue el dichoso Lunaris Vinculum. Mi cuerpo está en llamas. No puedo soportarlo. *Necesito* a este hombre. Es en lo único en lo que puedo pensar.

—Ese trono es solo para el rey —dice, intentando ocultar el deseo desenfrenado de su voz—. Y tú aún no eres la reina. No hasta que te marque.

Estos lobos tan estirados y todas sus dichosas reglas… ¿Por qué se empeñan tanto en torturarse a sí mismos?

Aun así, tiene su gracia provocarlo. Sé que yo lo estoy pasando mal, pero para él es todavía peor. Veo esa polla larga y dura

marcándose en el interior de su pantalón. Puedo ver el hambre en su mirada. Si hubiera luna llena, me poseería aquí mismo.

Mantiene la distancia conmigo, como de costumbre, como si no terminara de fiarse de sí mismo.

—¿Qué vas a hacer si desobedezco? —pregunto, rodeando el trono con paso contoneante, moviendo las caderas y agachándome hasta que mi culo queda suspendido sobre el asiento—. ¿Vas a *castigarme*?

Suelta un gruñido bajo y voraz. —De todas las muchas, *muchísimas* cosas que quiero hacerte, castigarte no es una de ellas.

—Qué lástima —digo mientras dejo que mi culo toque la madera dura—. Suena bastante divertido.

Su columna está recta como una flecha mientras mantiene las manos entrelazadas a la espalda. Intenta mantener las formas. Está interpretando su papel de rey intocable.

Pero esa mirada hambrienta y ardiente en sus ojos grises… le traiciona.

Se nota que le está costando todo lo que tiene quedarse clavado en el sitio. Su respiración es corta y violenta mientras contiene su lujuria voraz.

Sé lo que quiere de verdad.

A mí.

Han sido los mejores doce días de mi vida. He pasado cada momento con Alaric o con su lobo. Hemos visitado aldeas y he conocido a todos estos maravillosos cambiapieles. Han sido muy acogedores y se han alegrado mucho de verme.

Desde que el lobo de su rey ha regresado, se respira una gran emoción en el aire. Todo el reino ha estallado con una energía exuberante y esperanzadora.

—Dime otra vez por qué debemos esperar hasta la luna llena —digo mientras subo una pierna al brazo del trono, dejando que el vestido se deslice por mi muslo.

Él se pone rígido y contiene el aliento cuando ve mi carne suave expuesta.

Todo lo que hemos hecho ha sido besarnos. Nos besamos y nos besamos y nos besamos hasta que él logra reunir un segundo de

contención; entonces se aparta bruscamente, susurra su frase sexy: «Soy alfa. Aguanto», y huye, dejándome mojada, cachonda y a punto de explotar.

Quizá sea por los doce días y noches de esta tortura, o quizá por el vino que he tomado en la cena, pero esta noche no voy a dejar que se libre tan fácilmente.

—Es la ley de la tierra —dice.

Empiezo a juguetear con el bajo de mi vestido, mostrando un par de centímetros más de muslo. Le cuesta todo lo que tiene no mirar.

—Los humanos no tienen esa ley —digo mientras desabrocho un botón a la altura del pecho, revelando parte de mi escote. Esta vez, no puede apartar la mirada. Sus ojos se clavan en el lugar y aprieta la mandíbula.

—Los lobos sí —dice, con la voz tan tensa como la cuerda de un arco—. Y es sagrado.

—Si seguimos la ley humana —digo, desabrochando otro botón, y otro más—, podemos divertirnos de lo lindo. Ahora mismo. Y no necesitaremos que la dichosa luna nos dé permiso.

—Es sagrado —dice él, temblando.

Me subo el vestido y paso la mano por mi sexo dolorido. —Esto también lo es.

—*Dioses*… —susurra mientras me observa frotándome sobre la ropa interior.

Siento un poco de lástima por él, pero esto me hace sentir demasiado bien como para parar.

—¿Y si usamos la boca? —pregunto—. ¿Enfadará eso a los dioses?

—*Sí*.

Arqueo la espalda y empiezo a masajearme los pechos mientras me froto el coño. —Yo no temo a ningún dios…

Traga saliva con dificultad mientras intenta no mirar.

—Lo que yo temo —dice con sus anchos hombros temblando— es que los dioses rechacen nuestro vínculo. No haré nada que les desagrade y les dé la oportunidad de denegar lo que me haría el cambiapieles más feliz de toda la tierra. Si rompemos su ley sagrada, podrían negar la marca. No puedo arriesgarme a eso.

—Así que no se nos permite tocarnos —digo, incapaz de detener mis manos traviesas—. ¿Dicen algo los dioses sobre mirar?

Tarda un buen rato en responder. —No.

Sonrío cuando una parte perversa de mí toma el mando. —Muy bien, entonces divirtámonos un poco.

Su espalda se tensa. Sus ojos sexis muestran una mezcla de excitación y pánico cuando me levanto y me bajo las bragas. Dejo que se deslicen hasta mis pies y luego las lanzo de una patada hacia él. Aterrizan en su hombro y parece que le va a dar un infarto.

Vuelvo a sentarme en su trono, abro las piernas y me subo lentamente el vestido.

—Dioses… —susurra mientras observa con mirada sombría—. Eres una tentadora perversa enviada para poner a prueba mi voluntad. Un cambiapieles solo puede soportar hasta cierto punto.

Me lamo los labios y sonrío, encantada de que me llame así. Tentadora perversa. Aún no ha visto nada.

De un tirón, me subo el vestido, enseñándoselo *todo*.

Un gruñido bajo y posesivo emana de su garganta al verme expuesta por primera vez. Sus ojos están clavados en mi coño palpitante y no estoy segura de si va a subir corriendo y desafiar a los dioses o si va a dar media vuelta y huir de la sala.

En lugar de eso, se limita a observar con esos ojos sexis y cargados de lujuria, apenas respirando, incapaz siquiera de parpadear.

—Seis días —digo mientras empiezo a frotar mi coño, deslizando mis dedos sobre mis pliegues húmedos—. Seis días y podrás hacerme *lo que quieras*. Lo que quieras a *esto*.

Lo estoy matando, lo sé. Pero no puedo parar. Al fin y al cabo soy una tentadora perversa…

—Podrás meterme esa polla grande y gruesa en la boca —digo, abriéndola bien y lamiéndome los labios—. Podrás frotarla aquí —digo, bajándome el vestido y revelando mis pechos desnudos—. O podrás deslizarla dentro de mi estrecho coño. —Él gruñe cuando introduzco dos dedos y arqueo la espalda con un gemido.

Empieza a temblar mientras permanece ahí con la espalda recta y los brazos atrás, observando cómo me masturbo.

—*Mmmm* —gimo al sacar los dedos. Gotean flujo—. ¿Quieres probar?

Olfatea el aire, oliendo mi excitación, pero no se mueve.

Me los meto en la boca y los limpio succionando, con mis ojos clavados en los suyos mientras lo hago.

—¿Aún quieres esperar? —pregunto mientras me froto el clítoris dolorido.

Abre la boca y espero que me reprenda, pero no lo hace. —Separa esos labios —ordena con voz ronca—. Muéstrame el rosa del interior.

Hago lo que me pide, abriéndome para mostrarle mi entrada virgen.

Bajo la vista hacia sus pantalones y gimo al ver lo duro que está. No hay forma de ocultarlo. Tendría más posibilidades de esconder una espada larga en el bolsillo.

—Yo también quiero ver —digo mientras me froto en un frenesí —. Saca esa polla grande y acaríciala para mí.

*Sí…*

Mi cuerpo se enciende cuando finalmente desencaja las manos de su espalda y saca su miembro largo y duro.

Es *tan* grande. Es monstruoso.

Tamaño real.

Sollozo y gimo al ver cómo rodea su tronco sólido con su mano grande y fuerte y empieza a acariciarlo, con fuerza, de arriba abajo.

Es la visión más erótica que he tenido nunca y me está empujando al límite. Mi cuerpo tiembla y convulsiona mientras mi mano se crispa y mis dedos se mueven más rápido y con más fuerza sobre mi clítoris.

—*Mi reina* —gruñe él mientras se masturba.

No tarda mucho en estallar.

Aprieta los dientes y gruñe mientras llega al orgasmo. Potentes chorros de semen surgen de su polla y caen sobre su mano y su muñeca mientras yo observo con asombro. Es tan malditamente sexy. Tan jodidamente excitante.

Grito al sentir que mi orgasmo se abalanza sobre mí. Surge de la oscuridad, feroz e imparable.

Con un grito, exploto, corriéndome con fuerza mientras echo la cabeza hacia atrás y retuerzo el cuerpo. Mis piernas se cierran de golpe sobre mis muslos mientras mi cuerpo convulsiona y tiembla de calor. Me agito y gimoteo, deseando que fuera la mano de Alaric la que estuviera sobre mí en lugar de la mía.

Mis huesos se vuelven gelatina mientras me hundo en el trono del Rey Lobo, todavía expuesta, todavía deseándolo desesperadamente.

Seis días…

Puede que no lo logre.

Alaric respira con dificultad mientras saca un pañuelo y se limpia rápidamente. Se sube los pantalones, ocultando esa vista maravillosa.

Noto que quiere más. Los dos queremos más.

Esto puede haber calmado la tensión, pero no ha servido para saciar nuestro hambre voraz. Ha sido como comer una galleta después de pasar dos semanas de inanición.

—Debo irme —dice con la voz quebrada.

Me lanza una última mirada anhelante mientras yace medio desnuda en su trono —lista para cualquier cosa— antes de darse la vuelta bruscamente y prácticamente huir de la sala sin mirar atrás.

—*¡Dioooooooseeees!* —grito con frustración mientras la gran puerta pesada se cierra con una finalidad que me resulta jodidamente irritante.

Seis días.

¿Cómo voy a esperar tanto tiempo?

Si a él le funciona, a lo mejor a mí también.

—Soy alfa —susurro—. Aguanto.

Qué va.

Sigo vorazmente cachonda.

Estos van a ser los seis días más largos de mi vida.

# CAPÍTULO DIEZ

*Morwen*

Por fin, *finalmente*, ha llegado la noche de la ceremonia de apareamiento.

Ya puedo *respirar* ahora que hay luna llena en el cielo. Porque sé que cuando me duerma, estaré *por fin* satisfecha. Se acabó el dar vueltas en la cama con sueños sucios atormentándome, el despertarme empapada en sudor, con el cuerpo ardiendo.

Por fin seré de Alaric. Y él será, al fin, mío.

—Estás maravillosa —dice Nyxara cuando termina de prepararme —. Como una reina destinada a gobernar a los lobos durante eras. Cuando mis nietos canten sobre ti, cantarán sobre tu belleza eterna de esta noche.

—Oh —digo, desconcertada—. Gracias.

Y yo que pensaba que este vestido rojo era un poco excesivo.

Me pongo frente al espejo por primera vez y se me corta la respiración al ver mi reflejo. Realmente parezco una reina. Este vestido es pesado, con bordados finos que brillan suavemente a la luz de los faroles. La tela se siente cálida contra mi piel, rica y decadente, como si hubiera sido hecha para salones de tronos reales, pasillos iluminados por velas y rituales a la luz de la luna; tan distinta a los caminos embarrados de la aldea por los que solía

caminar. Un escote bajo revela lo justo para que el pulso de Alaric se acelere, y la cintura entallada abraza mis caderas, cayendo con elegancia tras de mí.

Apenas me reconozco.

Nyxara me ha recogido el pelo en un elegante moño con pequeñas trenzas entretejidas. Todo está sujeto por delicados broches de plata con forma de luna creciente. Unos mechones sueltos enmarcan mi rostro, suavizando el aspecto, haciéndome sentir que sigo siendo *yo*; solo que... elegante y elevada.

Alaric ha dispuesto que use las joyas reales, y son de otro mundo. Un rubí gigante en una gruesa cadena de oro cuelga de mi cuello y tengo unos pendientes de oro y rubíes a juego. Nyxara me ha dicho que han pasado por su linaje real durante generaciones. Es vertiginoso imaginar que algún día mi hija podría llevarlos.

Mi hija con Alaric...

—¿Estás bien? —pregunta Nyxara, mirándome con curiosidad al ver que se me empañan los ojos.

—Sí, gracias. Solo estoy feliz.

Nyxara ajusta una última horquilla en mi pelo antes de asentar con satisfacción. —El rey no sobrevivirá a la visión de ti —dice solemnemente.

Suelto una carcajada, sin aliento y nerviosa. —No estoy segura de si *yo* sobreviviré a la visión de él.

Ella sonríe con complicidad y da un paso atrás, inclinando la cabeza. —Ha llegado la hora, mi reina.

La palabra me provoca un escalofrío que me recorre entera.

Me miro una última vez —a la mujer que fui y a la mujer en la que me estoy convirtiendo—, luego levanto la barbilla y me dirijo hacia la puerta.

La luna llena espera.

Y mi compañero también.

Bajamos al patio, donde el comienzo del Lunaris Vinculum está en pleno apogeo. Puedo *sentir* la energía. Todo el mundo está muy emocionado. No todos los días el rey participa en la ceremonia de apareamiento, y hay cambiantes que llevan días viajando para presenciarlo en persona.

Todas las cabezas se giran para mirarme mientras camino hacia los otros cambiantes que participan en la ceremonia esta noche. Espero que no les robemos protagonismo, quitándoles la atención que merecen, pero no lo parece cuando las mujeres cambiantes me saludan con sonrisas y cumplidos. Hay suficiente amor y entusiasmo para todos.

Los susurros llegan antes que Alaric.

—El rey —oigo susurrar a alguien—. Ya viene.

—El rey Alaric está de camino.

—Busquemos un buen sitio. El rey está llegando.

Siento el pulso acelerado por la anticipación mientras lo espero. Entonces, por encima de las cabezas de todos los demás, aparece mi imponente compañero, con la corona asentada con orgullo sobre su cabeza.

Todo el mundo hace una reverencia, dejándome como la única que permanece de pie, sonriendo tímidamente mientras sus ojos se clavan en los míos. Da un suspiro de alivio, como si le hubiera resultado doloroso tenerme fuera de su vista. O, tal vez, simplemente estaba nervioso por si no me presentaba.

—Hola —susurro cuando ocupa su lugar a mi lado.

Deslizo mi mano en la suya y él la aprieta como si no fuera a soltarme nunca.

—Estás *deslumbrante* —dice, con esos ojos grises brillantes recorriéndome como si estuviera a punto de ser su postre.

Miro hacia la luna llena, sabiendo lo que significa. Significa que seré su postre esta noche.

—¿Podemos ir nosotros primero? —pregunto.

Él me dedica una sonrisa triste. —El rey y la reina siempre van los últimos.

Niego con la cabeza y suelto una risotada frustrada. —Claro, cómo no.

Como Alaric está ocupado conmigo, su consejero, Rurik, está dirigiendo la ceremonia de apareamiento. Observo cómo cada pareja sube al estrado y se marca mutuamente mientras Rurik pronuncia las palabras sagradas.

Me pongo un poco nerviosa tras ver lo que implica. Supongo que pensaba que marcar el cuello de tu compañero era un gesto simbólico, pero no lo es. Se muerden literalmente el uno al otro.

Miro la gran mandíbula de Alaric y trago saliva.

Pero entonces él me mira con esos ojos suaves y amorosos y sonríe, y sé que nunca haría nada para hacerme daño.

Cuando llega nuestro turno, todo el lugar prorrumpe en vítores atronadores mientras subimos al estrado, de la mano.

Rurik mira al rey con una orgullosa sonrisa paternal. Alaric le devuelve la sonrisa y se gira hacia mí.

Se me calientan los ojos con lágrimas de felicidad al mirarle, sabiendo que estamos a punto de quedar ligados para el resto de nuestras vidas.

—Ante la luna, la manada y la corona —dice Rurik con una voz profunda y retumbante para que la enorme multitud lo oiga—, os presentáis para vincularos. ¿Reclamas a esta mujer como tu compañera, para protegerla con tu vida, honrarla por encima de todas las demás y estar a su lado mientras tu lobo respire?

—Lo hago —dice Alaric sin dudarlo.

Trago con dificultad.

—¿Aceptas a este hombre como tu compañero —me pregunta Rurik—, para caminar junto a él en la fuerza y en la lucha, para compartir vuestras vidas, vuestro vínculo y vuestro destino, y elegiros el uno al otro por todos vuestros días?

—Lo hago.

Una ola de entusiasmo recorre a la manada reunida.

—Entonces, descubrid vuestros cuellos —dice Rurik—. Y que el vínculo se selle.

Alaric se acerca a mí y me sumerjo en sus grandes brazos protectores.

—Todo irá bien —susurra mientras me sujeta con fuerza.

Asiento, cierro los ojos e inclino la cabeza hacia un lado.

Él presiona sus labios contra mi cuello y me besa suavemente bajo la oreja. Contengo la respiración al sentir que su agarre se tensa.

El tierno beso se convierte en un dolor agudo cuando hinca sus afilados caninos en mi carne. Aprieto los dientes y suelto un gemido, pero el dolor solo dura un instante.

Un calor profundo me inunda el cuerpo mientras la marca se asienta.

Ahora soy suya. Lo siento de la cabeza a los pies. Le pertenezco.

Él desliza los dientes hacia fuera con suavidad y besa mi herida.

—Lo siento, mi reina —susurra.

No tiene por qué disculparse. Este es el mejor momento de mi vida.

La multitud guarda silencio mientras él dobla las rodillas, inclina la cabeza hacia un lado y expone su cuello.

Me pongo de puntillas, beso su cuello y luego lo muerdo suavemente, sin saber exactamente qué estoy haciendo. Mis dientes no perforan su carne; es más simbólico que otra cosa, pero hace que la multitud estalle en rugidos.

Rurik levanta los brazos en señal de triunfo mientras el gentío grita cada vez más fuerte, y entonces pronuncia las palabras sagradas:

*—Por luna y sangre, estáis vinculados.*

*Por mordedura y lazo, sois manada.*

*Como uno solo os alzáis. Como uno solo resistís.*

Alguien le entrega a Alaric mi corona y él sonríe mientras me la coloca con cuidado en la cabeza.

Me mira durante un largo momento, luego me toma de la mano y nos giramos hacia la manada.

—¡Nuestra reina! —grita alguien y pronto todos están gritando, vitoreando e inclinándose ante nosotros.

Alaric me mira con tanto amor que duele.

Sé lo difícil que ha sido para él llevar esta corona.

Pero ya no tiene que hacerlo solo. Compartiré la carga con él.

Alaric me aprieta la mano y levanta nuestros brazos al aire. La manada se vuelve loca, rugiendo y vitoreando de alegría. Los lobos en las afueras del pueblo aúllan en armonía.

Empieza la música, se enciende la hoguera y las bebidas empiezan a correr.

Todo el mundo se une, bailando y pasándoselo en grande. Me hormiguean los pies, deseando unirme también a la fiesta.

Pero Alaric me guía hacia nuestros tronos, donde debemos sentarnos a observarlo todo.

—Ni hablar —digo, plantando los pies para detenerlo—. Vamos a bailar.

Alaric parece inquieto. Mira a la gente que espera para dirigirse al rey y frunce el ceño.

—Pero los cambiantes que esperan...

—Esta es *nuestra* noche —le digo—. Vamos a divertirnos un poco.

Él me mira y su ceño se relaja. —Está bien.

—Espera —digo, deteniéndolo de nuevo. Le quito su corona, la coloco en su trono, y luego me quito la mía y la pongo en mi nuevo trono—. No podemos bailar con coronas en la cabeza.

—Uníos a la fiesta —digo a la fila de personas que espera mientras pasamos por su lado—. El rey está ocupado esta noche.

Bajamos a toda prisa los escalones del estrado antes de que puedan responder y desaparecemos entre la multitud festiva.

Nos ponen bebidas en las manos mientras avanzamos hacia la pista de baile. Es una pasada. La música es increíble y es la noche perfecta.

Arrastro a Alaric al medio de los bailarines y él se queda ahí, todo rígido, sin saber qué hacer.

Es tan mono. Tengo que hacer que se suelte.

Me acerco mucho, moviendo las caderas y frotándome contra él hasta que empieza a moverse conmigo.

Incluso sonríe. Y choca la mano con alguien. Parece que se lo está pasando bien.

Bailamos y bebemos hasta que ambos estamos sudados y listos para llevar esta fiesta al siguiente nivel.

—Ya somos compañeros —le susurro a los labios mientras suena una canción lenta—. Sabes lo que eso significa...

Él traga con dificultad mientras me mira con hambre en sus ojos encendidos.

—Se acabó la espera.

De repente, esas manos grandes y posesivas me levantan, me echa al hombro y empieza a abrirse paso entre la multitud que nos vitorea.

He estado esperando *tres semanas* para esta noche.

Y ahora...

Por fin...

El *verdadero* Lunaris Vinculum, la noche sagrada de la unión, está a punto de comenzar.

# CAPÍTULO ONCE

*El Rey Alaric*

Llevo esta belleza sobre mi hombro todo el camino hasta mis aposentos. Cada guardia real que paso agacha la cabeza y se desliza hacia las sombras, manteniéndose lejos de mí. Pueden oler la posesividad que emana de mí en oleadas. Pueden ver que estoy en celo y sería mortal que alguien mirara a mi chica.

Siento su suave vientre en mi hombro. Mi mano le agarra el culo redondeado. Tengo una erección mientras me apresuro hacia la puerta.

La pateo para abrirla, la cargo adentro y la bajo hasta sus pies.

—Esa es una forma de desplazarse —dice ella, riendo tímidamente mientras se ajusta el vestido.

La vista de sus voluptuosos pechos moviéndose bajo ese vestido rojo es suficiente para hacerme estallar. Me lanzo sobre ella, sujetando su hermoso rostro y llevando su boca a la mía. Ella gime mientras sello su boca con mis labios, entrelazando nuestras lenguas mientras nuestros cuerpos ardientes se derriten el uno contra el otro.

Adoro besar a esta mujer, pero todo lo que hemos hecho durante las últimas tres semanas es besarnos. Necesito *más*. Mucho. Mucho más.

—Nunca olvidaré la vista de este vestido en ti —digo mientras deslizo mi mano hacia la parte trasera de su cuello y agarro la corbata que lo sostiene—. No sabía que existía una belleza como la tuya en este mundo.

—Podemos mantenerlo puesto —dice ella, provocándome.

—De ninguna manera.

Tiro de la cuerda y la corbata se deshace.

—He estado esperando esto toda mi vida —le digo mientras sostengo la corbata en mi mano temblando—. Y estas últimas tres semanas han puesto a prueba mi voluntad como nada más. Me has estado atormentando, mi tentadora malvada. Sé que disfrutabas viéndome sufrir.

Ella sonríe y la vista sexy de esos labios diabólicos curvándose hacia arriba hace que mi polla duela. — Quizá un poco…

—Bueno, ahora el tormento ha terminado. La luna está llena. La marca está establecida. El vínculo está completo. Nada detiene a tu famélico compañero de tomar lo que es suyo.

Ella se lame los labios y levanta una ceja mientras me mira con una expresión coqueta y desafiante. — Entonces, ¿qué estás esperando, gran chico? Ven a conseguirlo.

Abro mi mano, soltando la corbata. Se deshace y su vestido cae al suelo de piedra. No lleva nada debajo.

Mi aliento se corta cuando doy un paso atrás y admiro el cuerpo desnudo de mi compañera.

Es deslumbrante.

Por muy ansioso que esté, no puedo evitar tomarme un momento para admirarla. Esos pechos perfectos y completos se elevan y caen con cada respiración, suaves y pesados con los pezones más gloriosos y tentadores que jamás haya visto. Su piel brilla a la luz de las linternas, cálida e invitante como si hubiera sido hecha para ser adorada, reclamada y atesorada por un rey.

Mi boca se hace agua mientras contemplo la vista arrebatadora de mi compañera desnuda, dejando que mis ojos hambrientos recorran sus suaves curvas, disfrutando de cada rincón desde esas caderas lujuriosas, piernas largas, vientre suave, y esa hermosa

franja de vello que conduce al tesoro cálido y húmedo que he estado esperando reclamar.

Mi lobo interior gruñe con hambre posesiva, apremiándome a reclamarla.

La mirada que me da… Dioses, es tan sexy…

Sabe exactamente qué me hace. Cómo puede hacer que el hombre más fuerte del reino sea tan débil, tan fácilmente.

El aire se espesa entre nosotros. Mi control cuelga de un hilo.

Pero ya no hay necesidad de esperar. No hay necesidad de aferrarme a ese control. Ya no.

Me lamo los labios y voy hacia ella, agarrando sus pechos desnudos mientras beso su boca. Ella gime en mi lengua mientras paso mis pulgares sobre sus pezones endurecidos, amando la sensación que producen.

—*Ay, Alaric* —gime ella, deslizando sus manos en mi cabello mientras pongo mi boca en sus pechos, besando lentamente y lamiendo mi camino hacia sus pezones. Me llevo uno en la boca, succionando y rastreando con mi lengua mientras ella gime y rueda sus caderas contra mí. Cuando paso al otro pecho, prácticamente está jadeando.

Deslizo mis manos por su espalda y le agarro el culo desnudo mientras le chupo las tetas, mi polla furiosa en mis pantalones. Estoy tan jodidamente duro. Tan excitado. Esta chica me está matando.

—*Dioses*… —susurra ella con un jadeo mientras me dejo caer de rodillas frente a ella. El olor embriagador de su excitación llena mis pulmones e inflama mi sangre.

—Mi reina —gruño mientras le separo las nalgas, mis ojos ardientes clavados en su concha reluciente—. Así es como mereces ser adorada. Esto es lo que tu rey te dará cada día de tu reinado.

Levanto suavemente su pierna y la coloco sobre mi hombro. Ella jadea y gimotea mientras me muevo entre sus piernas, mi boca dirigiéndose directamente a su concha. La toco con mis labios y ella tiembla. Yo también. Está tan mojada y cálida y tan jodidamente perfecta. No puedo tener suficiente de ella.

Una vez que la pruebo, no hay parada. Me *devoro* su concha con largas pasadas de mi lengua y besos sensuales en su clítoris. Deslizo

mi lengua por su grieta cálida y sedosa, separando sus pliegues e hundiendo mi lengua profundamente, sintiendo su rigidez. Saboreando su miel.

Su espalda cae contra la pared de piedra mientras rueda sus caderas, frotando su dulce concha contra mi boca. Aplano mi lengua y la dejo frotar su concha contra ella, amando los sonidos sexy y sin aliento que está haciendo.

Levanto la vista y veo la vista erótica de sus tetas desnudas balanceándose mientras me seca la boca y sé que la vida no mejora más que esto.

—Corre sobre mí —gruño entre lamidas—. Déjame probarlo.

Envuelvo mis brazos alrededor de sus muslos, manteniéndola en su lugar mientras la devoro con mis labios y lengua, extrayendo gemidos profundos y gritos de sus pulmones.

Soy despiadado en su clítoris, succionando y lamiendo mientras ella gimotea, tiembla y clava sus uñas en mi brazo.

—No pares —grita ella, sus tetas rebotando con cada convulsión que envío corriendo por su cuerpo—. Ahí. Ahí mismo.

Gruño en su calor y ella *estalla*, gritando mientras se corre en mi boca. La sostengo los muslos temblosos con los brazos mientras la lamo a través de ello, saboreando su crema mientras me la da una y otra vez. Es tan jodidamente sabrosa. Ya estoy adicto a su concha. Nunca me cansaré de ella.

Se cubre los ojos con la mano mientras tiembla y se estremece, los sonidos más sexys saliendo de su garganta. Sonrío mientras levanto la vista hacia ella, el orgullo llenando mi pecho de que hice eso a esta mujer. *Yo* hice que esta diosa sintiera tanto placer y éxtasis que no puede dejar de temblar.

Deslizo mi palma plana por su vientre y hasta su pecho. Puedo sentir su corazón palpitando ahí. Un corazón que late por mí.

Cuando me incorporo, lamiéndome los jugos de los labios, aún capaz de oler el aroma embriagador de su concha en mi boca, ella me mira y sus ojos se ven diferentes. Son del mismo tono castaño que quita el aliento, pero están vidriosos y llenos de lujuria. Me está mirando como si acabara de sacudir su mundo. Como si la hubiera roto de una manera que no sabía que era posible.

—Te amo —susurra ella, besando mi boca.

Gimo cuando siento su suave lengua en mi boca, besando y explorando.

—Yo también te amo —gruño.

La levanto y ella enrolla sus piernas alrededor de mí. Envuelve sus brazos alrededor de mi cuello y besa mi cara mientras la cargo hacia el dormitorio, mis manos en su culo, su concha mojada frotándose contra mi polla dura.

Necesito estar dentro de esta chica. *Profundamente* dentro de ella.

Cuando estamos junto a mi cama grande, ella baja los pies al suelo y comienza a desvestirme.

Solo sujeto sus caderas desnudas mientras ella llega a los cierres en mis hombros y comienza a deshacerlos. Mi capa cae al suelo detrás de mí.

—Usas demasiadas capas —dice ella mientras pasa sus manos sobre mi jubón bordado, sus palmas moviéndose sobre mi pecho y hacia mis hombros—. ¿Cómo me quito esto?

Sonrío mientras me lo saco del pantalón, agarro la parte inferior y simplemente me lo quito, llevándome la camisa interior también. Sus ojos sexy se abren cuando ve mi pecho masivo y mis brazos marcados.

Esas manos vienen directamente a mí, sintiendo mi piel cálida mientras explora mi cuerpo.

—¿Mejor? —pregunto con una sonrisa.

Ella se lame los labios y gime. — Mucho mejor.

Llego a mi cinturón, pero ella agarra mis muñecas y mantiene mis manos en su lugar.

—Puedo encargarme desde aquí.

Sonrío mientras lo suelto, dejando que mi compañera tome el control.

Ella me lame los pezones, dándome piel de gallina, y luego se deja caer de rodillas. Trago con dificultad mientras la veo sacando mi cinturón, y luego bajándome los pantalones. Se lleva mi ropa interior con ellos y contiene la respiración cuando mi polla larga y dura salta frente a su cara.

Me salgo de los pantalones, quedando tan desnudo como ella mientras ella se maravilla con mi polla, esos ojos castaños sexy en asombro por ello.

Está de rodillas, pero no es como todos los demás sometiéndose a mí. Somos iguales. Somos compañeros. Esto es totalmente diferente.

—Eres tan grande —dice ella mientras pone sus manos en mis muslos y se arquea hacia arriba, lamiéndome el eje desde la base hasta la punta.

Se siente tan bien que pierdo la cabeza.

Ya estoy goteando pre-cum, pero ella se encarga de eso mientras me desliza en su boca, envolviendo sus labios alrededor de mi cabeza. Ella chupa hasta que sus mejillas se hunden, haciendo que mi corazón palpite, poniéndome salvaje de deseo.

—Eres perfecta —susurro mientras la veo—. Más que una reina. Eres una *diosa*.

Ella me mira hacia arriba y sonríe, lentamente envolviendo su mano alrededor de mi eje. — Y no lo *olvides* nunca.

Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras ella me lleva más profundamente, chupando mi polla con su pequeña boca caliente. Arrastra su lengua sobre mí y luego aprieta sus labios en mi eje. Incluso sostiene mis bolas con una mano y me da un tirón con la otra.

Mi mente se estrecha hasta que solo puedo enfocarme en esas manos suaves y esa boca sexy. Le levanto el cabello hacia atrás y veo mientras me complace, sus labios y lengua moviéndose hacia arriba y hacia abajo por mi largo en un movimiento lento y rítmico.

Esto valió la espera. Todos los cuarenta y un años de mi vida. Esperaría eternamente por esta mujer.

—*Dioses*… —susurro mientras ella aprieta mi base gruesa con su mano y lame mi cabeza, provocándome. Su saliva ha goteado en su barbilla y brilla en sus pechos. Es tan sucio y caliente.

—¿Te gusta chupar la polla de tu compañero? —gruño.

—*Sí* —jadea ella—. Me encanta lo grande que es. No quiero parar.

—Vas a tener que hacerlo —gruño mientras le levanto el cabello oscuro a un lado—. Porque voy a estar follándote la concha bastante pronto.

Ella gime y me vuelve a llevar, chupándome más fuerte y más rápido como si estuviera ansiosa por hacerme acabar para que sienta entre sus piernas. Me quiere embistiendo profundamente, puedo decirlo.

Esa boca me excita y empiezo a desmoronarme. Se siente tan bien.

—Sí, chica —gruño mientras siento que me acerca el orgasmo—. Chupa la polla de tu compañero. Apriétala fuerte.

Ella aprieta el agarre y me lleva tan profundamente que sus ojos se llenan de lágrimas. Esos labios y esa lengua y sus manos me hacen estallar y me corro con un rugido salvaje.

Mi compañera me sostiene y gimotea y gime mientras lleno su boca de cum caliente. Se lo traga todo como si estuviera apreciando cada gota.

—Hermoso —susurro mientras veo.

Cuando recupero el aliento y mis piernas dejan de temblar, me inclino y la agarro, levantándola a pesar de que ella no quiere soltarme todavía. A regañadientes deja ir mi polla mientras la levanto y la coloco en la cama.

Ella se acuesta y abre las piernas, tirándome encima de ella.

Ambos gemimos cuando mi polla dura aterriza en su concha mojada. Me froto contra ella y ella cierra los ojos, haciendo el sonido más sexy que he escuchado.

Esta es la primera vez para ambos. Me alegra estar viviéndolo con ella.

Ella envuelve su mano alrededor de mi eje y guía mi cabeza a su entrada mojada y apretada. Aprieto los dientes mientras empujo adentro de ella, sintiendo su virginidad, sintiendo su calidez.

Ambos temblamos mientras me empujo más profundamente, cada pulgada de mi polla siendo *exprimida* por su concha. Es irreal. Es un placer que no sabía que era posible.

He tenido todo el lujo que este reino tiene para ofrecer. Los vinos más finos y la comida más decadente. La mejor tela y la música más

agradable. Todo empalidece en comparación con la sensación de estar dentro de la concha cálida de mi compañera. Esto es todo lo que necesito de ahora en adelante. Ella, con sus piernas abiertas, y sus labios gimientes en mi oído.

—*Sí* —susurra ella en mi boca cuando estoy totalmente plantado dentro de ella. Mi polla está empujada profundamente, estirándola y llenándola. Debería ser demasiado grande para ella, pero envuelve sus piernas alrededor de mi cuerpo y me sostiene adentro como si fuera del tamaño perfecto. — Se siente *tan* bien, Alaric. *Tan* bien.

Aprieto los dientes y gruño mientras comienzo a mecer mis caderas hacia adelante y hacia atrás, deslizándome adentro y afuera con embestidas superficiales. A medida que se acostumbra más a mi tamaño y grosor, me saco un poco más y luego embisto un poco más fuerte.

Ella toma todo lo que le doy, gimiendo y gimoteando pidiendo más.

—Esa es mi chica —susurro mientras comienzo a embestir con golpes duros y profundos—. Esa es mi reina. Esa es mi compañera.

—*Sí* —jadea ella, empujando sus caderas hacia abajo para encontrarse con las mías, encontrándome en cada embestida.

Este es nuestro período de apareamiento inicial. Acabamos de terminar nuestro Lunaris Vinculum, la noche sagrada del vínculo, lo que significa que podemos quedarnos encerrados aquí, teniendo una maratón de sexo durante todo el tiempo que queramos. Días… incluso semanas. Podemos ser la primera pareja apareada encerrada en su cuarto durante un año. El pensamiento me deja voraz.

Mis caderas se aceleran a un ritmo de martilleo y el grueso cabecero comienza a golpear la pared mientras me follo a mi compañera duro.

Ella me empuja a un lado y me doy la vuelta, tirando de ella encima de mí. Mi chica nunca rompe el ritmo, tomando el control y cabalgando mi polla que se eleva. Le agarro el culo y veo esas tetas grandes rebotando mientras mueve las caderas hacia arriba y hacia abajo, esa dulce concha exprimiendo mi polla dura mientras ella me cabalga.

Vamos a follar en cada rincón de esta habitación. En cada posición. En cada forma posible.

Deslizo mis manos hacia su vientre y acaricio sus tetas mientras ella saca los pasadores de su cabello. Sacude la cabeza, dejando que sus mechones oscuros y sedosos caigan en cascada y reboten en sus hombros. Esta mujer es una diosa. Es una tentadora malvada, pero ahora, cada vez que sea tentado, podré complacerme. Espero que esté lista para ello cada día.

—Oh, Alaric —grita ella, moviendo esa concha hacia arriba y hacia abajo incesantemente—. Voy a correrme en ti. ¡Voy a correrme *tan fuerte*!

Comienzo a levantar mis caderas mientras baja las suyas, follándola más fuerte, tratando de hacer que esa concha erupcione. No toma mucho tiempo antes de que su cara se retuerce y está gritando, su concha corriéndose en mi polla por primera vez.

Me cubre con su crema. Mi boca se hace agua mientras la veo filtrarse mientras continúa cabalgándome, sin detenerse ni por un segundo.

Necesito *criar* a esta mujer.

Es todo lo que puedo pensar ahora.

Mi control se rompe. La bestia toma el control.

Le agarro las caderas, la doy vuelta sobre su espalda y comienzo a embestir duro e implacable, destrozando su concha mientras ella se corre una y otra vez.

Esa dulce concha me está *exprimiendo*. Levanto su pierna para embestir *más profundamente*, tratando de meter mi polla lo más cerca posible de su matriz.

Ella nunca deja de correrse, su concha ardiente palpitando sin parar mientras sus ojos se llenan de lágrimas y sus gritos salen fuertes e incoherentes.

Lo siento viniendo… tomando mi cuerpo entero…

Rujo mientras me corro *duro*, plantando mi polla profundamente mientras la lleno con mi semilla. Ella gime y se corre de nuevo, o tal vez nunca paró, mientras envío cada última gota dentro de ella, dándole todo lo que tengo.

Ella se aferra a mí mientras mis embestidas se ralentizan y luego finalmente se detienen. Me derrumbo en sus brazos y ella envuelve sus piernas alrededor de mí como si todavía no estuviera lista para soltarme, incluso después de todo eso. Gimo mientras ella comienza a arañar mi espalda, dándome escalofríos en todas partes.

Mi corazón se eleva sabiendo que es mía, sabiendo que somos compañeros, sabiendo que estaremos haciendo esto sin parar durante la próxima semana al menos.

—Mi rey —susurra ella, besando mi cuello.

Beso la marca que coloqué en ella esta noche y ella deja escapar un gemido sexy que me dice que este descanso no durará mucho. Vamos a estar de vuelta en ello en poco tiempo.

—Mi reina —susurro mientras la sostengo fuerte—. Prepárate para la mejor semana de tu vida.

—Cada semana contigo es la mejor semana de mi vida —susurra ella.

Sonrío, sabiendo lo que ella no sabe.

Esta semana será algo *completamente* diferente.

# CAPÍTULO DOCE

*Morwen*

—*Basta* —jadeo mientras me dejo caer sobre la cama, temblando con otro orgasmo intenso—. Basta. *Por favor*.

Alaric sale de mí con un gruñido primario.

—No puedo más —digo, encogiéndome en posición fetal y balanceándome sobre la cama—. Han sido seis días y sus noches.

Seis días y seis noches de sexo, casi cada momento en que hemos estado despiertos. Ha sido como si estuviéramos en un trance sexual insaciable, pero ahora he salido de él.

Necesito un descanso.

Necesito sol. Y dormir. Y aire fresco.

Y mi pobre coño necesita un respiro. No fue diseñado para una acción tan tremenda e implacable. Pasó de años de nada a un embate constante.

Se sentía increíble, pero estoy agotada.

—Comeremos y luego seguiremos —dice Alaric, dirigiéndose hacia la puerta.

Le observo caminar con esa gran espalda musculosa, ese culo firme y esos muslos gruesos y potentes, y una parte de mí desea someterse a él. Una parte de mí le quiere de nuevo encima,

embistiéndome sin piedad mientras le clavo las uñas en los hombros y le grito al oído.

Pero necesito un descanso.

Abre la puerta apenas una rendija y mete la bandeja de comida que el servicio real ha dejado para nosotros.

Me incorporo y me aprieto la manta contra el pecho, ocultando mis pechos desnudos antes de que decida pasar de la comida y darse un festín conmigo en su lugar. No sería capaz de decirle que no. Este Rey Lobo es irresistible.

—Creo que... —digo, respirando con dificultad— es hora de seguir adelante.

Me mira con esos ojos de cachorrito triste y por poco me rindo.

—Podemos seguir teniendo sexo —digo, cogiendo una fresa del plato y dándole un mordisco.

Se le dilatan las fosas nasales mientras me observa la boca. Probablemente ha sido una mala elección de fruta.

—Pero me gustaría volver a ver el mundo exterior —digo, dejando la fresa a medio comer—. ¿No tenemos asuntos de reyes y reinas que atender?

Alarga la mano y la pone en mi cuello, frotando suavemente con el pulgar la marca que me dejó. Me recorre un escalofrío cálido.

—Si estás lista para salir, mi reina —dice, mirándome con tanto amor en los ojos que parece que el corazón me va a estallar—, entonces yo estoy listo para salir contigo.

—He aguantado todo lo que he podido —digo, viendo cómo muerde un melocotón maduro. La imagen me excita ahí abajo por la forma en que el zumo gotea de sus labios—. Pero soy humana. Somos débiles.

—Tú no eres débil —dice con un gruñido—. Eres la mujer más formidable que he conocido jamás.

—Tal vez de mente —digo con una sonrisa—, pero de cuerpo, me temo que podría morir de un exceso de orgasmos si seguimos así. No creo que mi corazón soporte mucho más de esto. Aunque ha sido divertido.

Sonríe mientras me observa. —Ha sido el mejor momento de mi vida.

—El mío también. Pero sería una lástima que tu reina muriera antes de su primer día de trabajo.

Me busca con el brazo y me deslizo por la cama, hundiéndome en su abrazo. Me encanta que me sujete. Es el lugar más seguro del mundo.

Su mano se desliza hacia mi vientre y la apoya allí.

—Sabes —dice en voz baja—, las Reinas Lobo suelen concebir rápido.

Miro de reojo su mano y luego vuelvo a mirarle a él. —¿Es tu opinión médica o un deseo ferviente?

—Ambas cosas.

Sonrío, sintiendo que el calor florece en mi pecho. A decir verdad, he estado pensando lo mismo. Siento como si una parte de él ya estuviera dentro de mí, aunque no sé si es el vínculo, la marca o un niño creciendo en mi vientre. O las tres cosas.

—¿Te hace ilusión tener hijos? —pregunto, permitiéndome disfrutar un poco de la fantasía.

—No puedo esperar —dice—. A ver tu vientre redondo con mi hijo. *Nuestro* hijo. Quiero muchos herederos. Príncipes y princesas por doquier. Quiero este castillo rebosante de ellos.

—Que los dioses nos ayuden —digo.

Se ríe. —Lo harán —responde con naturalidad—. Es el destino.

Ladeo la cabeza, estudiándole. Quiero darle eso. Quiero criar una dinastía real que mantenga estas tierras a salvo durante siglos.

Da otro mordisco al melocotón y el calor empieza a fluir de mi centro mientras le veo masticar.

—¿Lista para salir? —pregunta.

Me muerdo el labio inferior y niego con la cabeza.

—Quizá una hora más —digo mientras aparto la manta de un tirón y me pongo a horcajadas sobre su gran cuerpo. Él gruñe hambriento mientras rodeo con mi mano su gran polla y la guío hacia mi coño mojado—. Luego podremos irnos...

Ambos gemimos cuando empuja dentro de mí, grueso y profundo.

Es como el cielo.

—Quizá un día más —gruñe mientras empiezo a cabalgarle.

—Una semana más —digo mientras me agarra el culo, moviéndome arriba y abajo sobre su firme longitud—. O dos…

A la mierda. No nos iremos *nunca*.

# EPÍLOGO

*Morwen*

*Dieciséis años después…*

No sé cómo soy capaz de hacerlo, pero debe de haber al menos trescientos cachorros de lobo corriendo por las colinas onduladas y, aun así, puedo distinguir a los míos. Uno de los más pequeños, Rydan, intenta unirse a los cachorros mayores y choca con un gran lobo gris que lo manda por los aires. Hago una mueca al verle dar una voltereta hacia atrás colina abajo, pero estos lobos son duros y resistentes, y él se levanta, se sacude y vuelve a unirse a la manada.

Esta noche se celebra el Banquete del Fuego Lunar, donde la manada rinde tributo a la diosa de la fertilidad, Eirwyn. Le debo mucho.

Ocho herederos —cinco príncipes y tres princesas—, todos ellos cambiaformas lobo para mi compañero y para nuestro reino.

Sí. He estado bastante ocupada durante la última década y media.

—¿Estáis lista para comenzar con las ofrendas, mi reina? —pregunta Nyxara, mi ayudante y amiga desde hace mucho tiempo.

Miro hacia arriba, al sol que empieza a ponerse. El olor de la carne a la brasa flota en el aire. Toda la manada entregará sus

ofrendas a la diosa Eirwyn y luego festejaremos y bailaremos toda la noche.

—Empecemos —digo, buscando con la mirada a mi atractivo Rey Lobo.

Nyxara inclina la cabeza y se marcha para avisar a los tamborileros de que vamos a empezar.

Sonrío mientras observo a todos esos cambiaformas seguros y felices. Hemos hecho un buen trabajo, Alaric y yo. Las fronteras están a salvo y, con mi ayuda, hemos mejorado las relaciones con el reino humano vecino. Celebramos un mercado conjunto una vez al mes en la frontera, donde humanos y cambiaformas se mezclan, intercambian mercancías y entablan amistades. Todo el mundo se mostró escéptico al principio, pero ya llevamos diez años y a ambas partes les encanta. Todavía queda mucho camino por recorrer entre las dos especies, pero es un comienzo.

A veces, cuando consigo sacar algo de tiempo para mí, voy a la fábrica de velas y ayudo a Enflo a derretir la cera y colocar las mechas. Sigo disfrutando de ello y me devuelve a aquellos días más sencillos en los que dirigía un negocio desde mi pequeña casa y solo me tenía que preocupar por mí misma, en lugar de tener a un rey, ocho cachorros y todo un reino bajo mi vigilancia.

Los tambores empiezan a resonar en el aire como un trueno rodante que vibra en mi pecho. La emoción recorre a la multitud mientras las parejas emparejadas preparan sus ofrendas. Los cachorros de las colinas regresan corriendo para mirar.

—¿Dónde está? —susurro, mirando a mi alrededor.

No tardo mucho en encontrarlo.

El gran Rey Lobo sigue destacando sobre todos los demás. La multitud se aparta a su paso mientras se dirige hacia mí, con la corona ligeramente torcida sobre la cabeza, a juego con esa sonrisa pícara y sexy en los labios.

Los años han sido generosos con Alaric. Su cabello, antes oscuro como la medianoche, está ahora veteado de plata, como si la propia luna lo hubiera besado con su bendición, dejando un rastro plateado a su paso.

Las arrugas de las comisuras de sus ojos son más profundas ahora, pero esos brillantes ojos grises son tan agudos y perceptivos como siempre. Y todavía hacen que se me encojan los dedos de los pies cuando me mira de *esa* manera.

Cualquiera pensaría que, después de todos estos años, me habría acostumbrado a su cuerpo, pero todavía me llena de asombro cada vez que lo veo. Es tan alto. Tan firme y fuerte. Sus hombros son tan anchos y poderosos que parece que no haya nada que no puedan soportar. Este hombre nació para gobernar a las criaturas más rudas.

Es magnífico.

—¿Qué traes ahí? —pregunto cuando llega.

Me pasa el brazo por el hombro como ha hecho incontables veces, pero sigue haciéndome sentir la mujer más especial del mundo, igual que hace tantos años, cuando no era más que una sencilla fabricante de velas humana en una fila de mil mujeres y él me eligió a mí.

Sus ojos se suavizan al mirarme y me muestra una vieja botella de vino.

—De la bodega —dice—. Se guardó del Lunaris Vinculum con el que se unieron mi padre y mi madre. Es muy valiosa para mí.

—¿A qué se debe un regalo tan apreciado? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Él simplemente me sonríe.

Oh, oh. Estoy en problemas.

Quiere que concibamos una vez más.

—El último —le advierto.

Él suelta una risita. —Eso fue lo que dijiste la última vez.

Yo solo suelto un gruñido.

La verdad es que me encanta estar embarazada. Me encanta tener a sus herederos. Me encanta el sonido de los niños pequeños corriendo por los pasillos de piedra de nuestro castillo. Y me encanta el sonido de las risas cuando nuestra enorme familia se reúne alrededor de la mesa para cenar.

Ya tengo cuarenta y tres años, y creo que puedo apañármelas con uno más.

Estos cachorros de cambiaforma no son como los niños humanos. Crecen muy rápido. En seis meses, dejan de estar en tus brazos y ya corren con la manada. Y el embarazo solo dura cinco meses, así que ya han nacido antes de que tengas tiempo de hartarte.

Nos dirigimos a la estatua de la diosa de la fertilidad que tanto nos ha bendecido ya, y le ofrecemos el vino, pidiéndole una bendición más.

—Es la última —le susurro—. Lo prometo.

—Ya veremos —susurra Alaric—. No hay nada escrito en piedra.

Niego con la cabeza mientras lo miro con una sonrisa. —No discutamos delante de la diosa.

Él sonríe y esos cariñosos ojos grises se iluminan. —Lo que digáis, mi reina.

Dejamos el vino, susurramos una oración y nos marchamos para empezar la fiesta.

El Banquete del Fuego Lunar siempre es divertido.

Estaremos bailando y bebiendo hasta altas horas de la noche.

Y luego, una vez que regresemos excitados y un poco alegres por el vino, me pondré manos a la obra para que la bendición de la diosa de la fertilidad se haga realidad con mi atractivo y voraz Rey Lobo.

Va a ser una buena noche.

# EPÍLOGO

*Rey Alaric*

*Cuarenta años después…*

Mientras permanezco sentado en mi trono con mi hermosa reina a mi lado, me invade una profunda sensación de satisfacción y orgullo.

Nuestros hijos —los herederos del Reino de los Nacidos de la Luna— dirigen la ceremonia del Lunaris Vinculum para los habitantes del pueblo, mientras nosotros observamos con una sonrisa orgullosa en el rostro.

Nuestro hijo mayor, el príncipe Thayden, conduce el rito, bendiciendo el vínculo de una pareja tras otra. Será un buen rey cuando yo ya no esté. Un gobernante justo. Le he enseñado bien. Es tranquilo, paciente, inteligente, autoritario y goza de respeto y afecto. La manada lo aceptará. El reino prosperará.

Morwen me coge la mano y me sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa, sintiendo que el corazón casi me estalla de amor.

Siempre ha habido una diferencia de edad entre nosotros, pero al fin nos hemos igualado. Los cambiapieles de lobo empezamos en el mundo creciendo y desarrollándonos más rápido que los humanos, pero, una vez alcanzamos la madurez, envejecemos un poco más despacio que nuestros amigos humanos. Morwen y yo nos

encontramos por fin en ese punto ideal en el que tenemos la misma edad corporal. Está tan radiante como siempre con su cabello plateado y esas preciosas arrugas en el rostro. Todas esas líneas alrededor de sus ojos y su boca, formadas por décadas de sonreírme. Atesoro cada una de ellas.

Thayden pronuncia las palabras sagradas mientras observo a mi amada compañera, recordando cómo se sintió estar en ese mismo lugar hace tantos años.

*—Por la luna y la sangre, quedáis vinculados.*

*Por la mordida y el lazo, sois manada.*

*Como uno solo, os mantenéis. Como uno solo, resistís.*

Otra pareja feliz sale hacia la noche, a punto de comenzar su vida juntos como compañeros. No saben lo afortunados que son.

Yo sé lo afortunado que soy.

Por haberla encontrado.

A mi Morwen.

*Solo el desvinculado vinculará el reino por completo.*

Ella hizo mucho más que eso.

No solo salvó el reino.

Me salvó a mí.

Esta mujer me dio un vínculo y me mantuvo íntegro. Me ha elevado y ha hecho que la vida merezca la pena.

He disfrutado cada momento.

Y así seguirá siendo…

Hasta mi último y sagrado aliento.

---

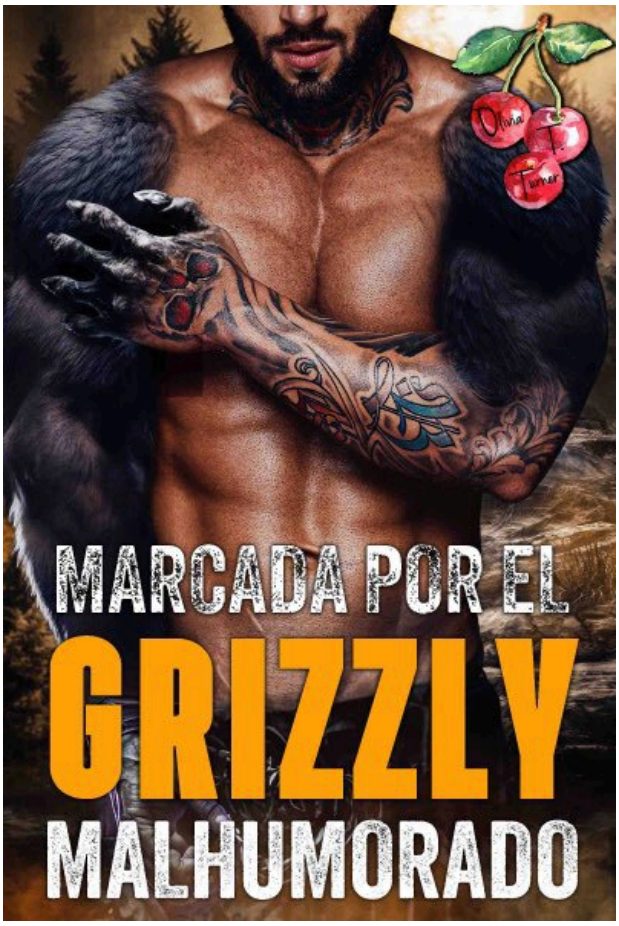
**El fin.**

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ




**Marcada por el Grizzly Malhumorado**
*Calor & Tinta libro 1*
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Por fin fui a hacerme un tatuaje.
Se suponía que sería un hermoso lirio blanco, pero el grandullón y gruñón tatuador tenía otra cosa en mente.
Solo que no me lo dijo, maldita sea, antes de empezar.
Cuando llega el momento de la gran revelación, no veo una bonita flor.
Veo su nombre.
Tatuado en la parte posterior de mi hombro.
Dice que soy suya.

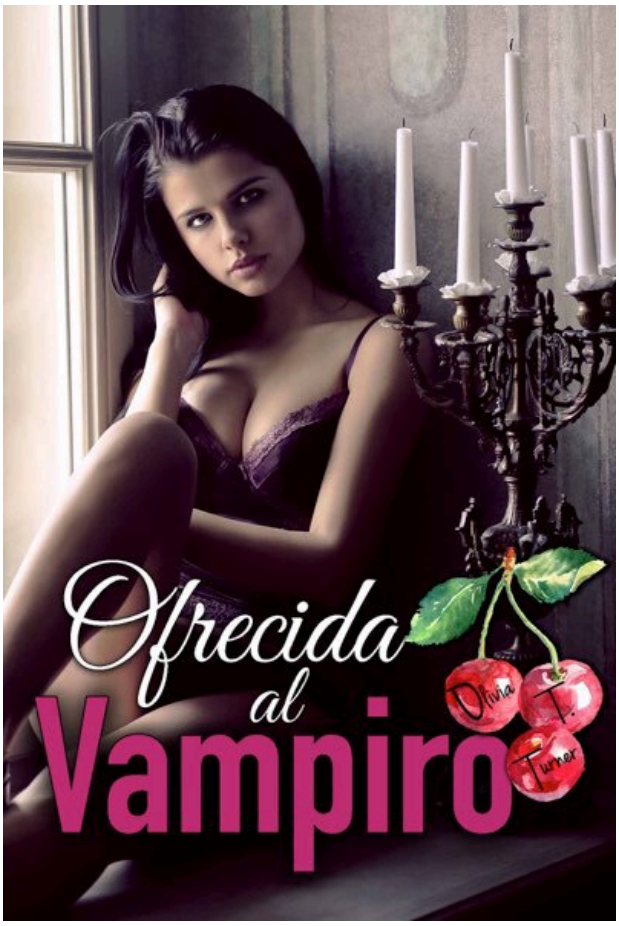
Que soy su compañera.
Mis amigos le dicen que se vaya al infierno.
Que lo vamos a demandar.
Pero a esta bestia malhumorada no le afecta.
No le importa en absoluto.
Sigue diciendo que me ha marcado, así que ahora le pertenezco.
Lo peor es que creo que puede tener razón.
Esto no puede estar pasando.
El destino no puede ser tan cruel como para unirme a un idiota como él.
No puedo estar emparejada con este gran oso cambiante gruñón, ¿verdad?
¿¿¿VERDAD???

*Bienvenidos a Heat & Ink donde los posesivos y ardientes tatuadores dejan su marca de más de una manera.*

Obtén el libro aquí

Continúa la serie con:

**Marcada por el Oso Polar Posesivo**
**Marcada por el Grizzly de Boca Sucia**




**Ofrecida al Vampiro**
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Llevo siglos despierto, pero solo volví a la vida cuando la vi.
Su olor se extendió por el castillo y me golpeó con tanta fuerza que las piernas casi me fallaron.
Sangre. Pero no era sangre cualquiera.
Sangre de virgen.
Mis colmillos ardían. Ardían de deseo.
Pero no era solo su sangre de virgen lo que ansiaba. Era ella.
Su cuerpo indefenso de curvas mortales me tentaba como nunca antes.

Casi tres siglos en este planeta no me habían preparado para este momento. Nada podría haberlo hecho.
¿Cómo puedes prepararte para el momento en que posas los ojos sobre la perfección? ¿Cómo podrían décadas de aburrimiento infinito prepararte para la emoción de ver a la criatura más deslumbrante jamás creada?
La obsesión echó raíces en mi alma —si es que tengo una— y creció como un monstruo rabioso por cada centímetro de mi ser.
Quería cerrar con llave todas las puertas y ventanas de mi castillo y mantenerla atrapada conmigo para siempre.
Mis instintos protectores eran abrumadores. Necesitaba protegerla, cobijarla, resguardarla de todo mal.
Pero ¿cómo podría hacerlo si yo soy lo más peligroso del mundo para ella?
Tendría que luchar contra mis instintos primarios a cada segundo. Sería una tortura. Sería una agonía. Pero estar sin ella sería aún peor. Así que supe que no tenía elección.
La necesitaba a mi lado.
Pero cuando sentí su piel cálida y sus suaves curvas, la sed se volvió insoportable.
Mis instintos monstruosos ganaron. Y la necesidad de darme un festín se apoderó de mí…

*¿Lista para unos magreos con el vampiro posesivo más bueno de los últimos tres siglos? Roderic Blackburn te parará el corazón y te hará gritar de placer mientras te hace pasar un rato sangrientamente bueno.*

*Sin infidelidades y, por supuesto, con un final feliz muy dulce. ¡Que lo disfrutes!*

Obtén el libro aquí

---